Nº12



BIOFILIA

60 CTS

¡Time Postal — a color!

BIOFILIA

REVISTA MENSUAL DE CULTO A LA VIDA

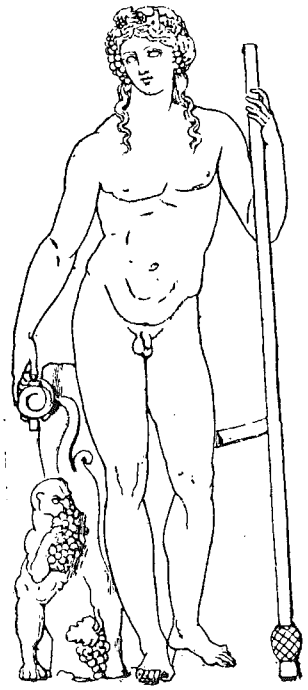
DIRECCIÓN: LAURA BRUNET

AÑO III — ABRIL DE 1937 — NÚM. 12

P A N O R A M A

Diálogo del pan y de su conquista

(Segundo de los tres diálogos fundamentales)



—No ha de extrañarte esta excursión, amigo. No es conveniente teorizar alrededor de unos tópicos o de unas premisas, casi siempre propicias al sofisma o, por lo menos, a la interpretación capciosa, cuando se trata de abordar una cuestión tan peligrosamente casuística, tan complicada como es esa de la conquista del pan. El tema es delicado y, para sumergirme en él, prefiero enfrentarme con la realidad, abrir las llagas que torturan a nuestra sociedad en la lucha por la existencia, hurgar en ellas con el bisturí hasta dejarlas en carne viva y, no ya con los ojos, más con la lupa del investigador de buena fe, tratar de aclarar lo que las motiva. Me ha parecido que, proponiéndonos hablar de la conquista del pan, el mejor sitio para hacerlo, sería este, en pleno campo, con los dorados trigales a la vista, con las verdes pinceladas de las hortalizas en el tapiz, con las casucas brotando de la gleba, con los campesinos doblados sobre el surco. Esto huele a pan, amigo mío, y huele a sudor para lograrlo. Claro que, al decir pan, se sobreentiende que nos referimos a cuanto abarque el proceso universal de la nutrición orgánica del ser racional y que, por lo tanto, hay que dar al vocablo contenidos globales de la pansofía de la humana existencia.

—El pan espiritual le es tan necesario al ser pensante como el pan de trigo.

—Naturalmente: no sólo de pan vive el hombre, pero no es menos cierto que, sin pan, sin despensa, nada puede existir en él. El estómago, amigo, es el rector de todos nuestros actos y el buen o mal consejero de nuestros pensamientos. El espíritu y la materia son hermanos inseparables en nuestros días. Se quiere soñar, se quiere ir detrás de la quimera, pero antes, el conquistador de libertades, quiere resolver el problema de la despensa, quiere vivir, en una palabra.

—*Y, no obstante, esos dos panes indispensables, esos dos alimentos preciosos, le son negados por nuestra sociedad al productor, al proletario, que es el único que tiene derechos a gozar de sus beneficios. Ese hombre diminuto que, bajo los ardores del sol trabaja desde el amanecer hasta el ocaso para que sus campos se conviertan en cuernos de la abundancia, cuando haya realizado la recolección del oro de las espigas, cuando su sangre, sus afanes y sus ilusiones se conviertan en pan, se lo quitarán de las manos y otros gozarán de lo que él, con su sudor y su esfuerzo, habrá producido. ¿Es justo eso?*

—*No lo es, hijo mío, pero el mal viene de lejos y lo peor es que va más lejos, todavía.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Quiero decir que siempre ha sido así y que, por desgracia del mundo, siempre será así.*

—*¿Siempre? ¿Es que los hombres somos hienas?*

—*No: somos humanos, que es mucho peor.*

—*Si esto fuera verdad—que no lo es—si la desigualdad y la injusticia hubieran de ser eternas, si la tortura y la explotación del hombre por el hombre, fuera ley inmutable de la naturaleza, lo más cuerdo sería hundir el mundo de una vez.*

—*Nadie te ha dicho que esa ley irritante, miserable y atrozmente leonina, lo sea de la naturaleza; lo es sí de los hombres y esos hombres conculcadores de las leyes naturales, sobre los escombros del mundo que tú hundirías, construirían otros mucho peores para tratar de hacer imposibles nuevas rebeldías.*

—*¿Hay que resignarse, pues, y apelotonarse en el rebaño de los mansos?*

—*Nada de eso. Eres joven y saltas con excesiva agilidad de un extremo a otro en tus concepciones.*

—*Ser o no ser.*

—*Eso dijo Shakespeare, mientras iba por el mundo arrastrando los cascabeles histriónicos. No, amigo mío, nuestra misión y nuestro destino no son destruir ni resignarse. Luchar, luchar siempre, eternamente...*

—*¿No será, pues, posible establecer la igualdad entre los hombres?*

—*No.*

—*¿En absoluto?*

—*En absoluto: no. Aunque todos los hombres de la tierra lo quisieran, no sería posible esa igualdad.*

—*¿Por qué? ¿Quién se opondría a ello?*

—*La naturaleza que, si no es injusta en sus leyes, es varia en su biología. Por esencia y por potencia la naturaleza es desigual; es fuerte en unas latitudes y débil en otras; es sumisa en unos momentos y rebelde en otros; es fecunda en unas regiones y estéril en otras; es cálida en unos sectores y frígida en otros. Es generosa, porque lo da todo, pero es desigual porque en la lucha para conquistar sus productos, exige a unos hombres más esfuerzo y a otros menos. El ambiente, el medio, el momento y los fenómenos siderales y geológicos son los imperativos que determinan esa desigualdad que está por encima de la voluntad de la criatura humana.*

—*Pero el hombre...*

—*El hombre es una consecuencia de la naturaleza y, por lo tanto, un esclavo de sus leyes biológicas y de sus procesos orgánicos.*

—*No obstante, los libertarios...*

—*Los amantes de la libertad somos los que más nos acercamos a la naturaleza—armónicamente libre—y, lógicamente, los que mejor asimilamos sus leyes. Libertarios, ácratas y*

anarquistas han coincidido en la apreciación de que la vida natural es la más perfecta, por ser la más apacible. Ahora, en lo que hay que ponerse de acuerdo, es en el camino a seguir para llegar a esa perfección o, mejor dicho, a esa sencillez del vivir que haría menos odiosas las desigualdades a que el hombre está sometido. Proudhón, el profundo filósofo de las teorías ácratas, ha dicho que nuestra sociedad ha de ser teóricamente destruida hasta sus cimientos, pero, no obstante, admite ciertos matices evolutivos en la lucha; Kropotkine, más apasionado, más ardiente, no tolera la evolución y preconiza la destrucción a todo evento de cuanto nos rodea para, luego, crear una nueva sociedad. Ni uno ni otro han tenido en cuenta que, cuanto hasta aquí se ha hecho, lo hicieron los hombres partiendo de una anarquía cósmica, universal, que surge de los albores del mundo y que, cuanto se haya de hacer después de una revolución, lo habrán de realizar también los hombres, con las manos mucho menos libres que nuestros remotos antecesores.

—La experiencia...

—La experiencia es la madre de la coacción en las relaciones entre el gobernante y el gobernado. Marx, en sus laberínticas concepciones sociales, nos da una idea de las horribles complicaciones en que el hombre se va ensortijando a través de eso que tú llamas experiencia, para ir en busca de la anhelada y, a mi ver inasequible, igualdad entre los hombres.

—En ese caso, si la relativa evolución de Proudhón y la tangente revolución de Kropotkine no son viables; si el comunismo de Marx no es un régimen de justicia, ¿qué camino queda para acabar de una vez con nuestra sociedad ya insoportable?

—El de los biófilos libertarios: la adaptación de las leyes naturales, de las leyes genésicas a los ambientes del siglo.

—¿Sumergiéndonos en ellos?

—No: esforzándonos, a favor del alud de la masa social, en desintoxicar el aire en que hemos de vivir; acratizando nuestra sociedad en la ordenación de la cosa pública y no olvidando que "acratizar" quiere decir "individualizar", es decir: "descomunizar".

—Eso equivale a una revolución.

—Efectivamente, pero a una revolución sin fusiles. Escucha, amigo: pon toda tu buena voluntad, todo tu buen deseo, para interpretar mis palabras. La sociedad, la humanidad, el mundo, está todo en el hombre, en el individuo. Piensa en él, no en la masa. Dáselo todo a él, hazlo feliz y esa felicidad individual será el tesoro que acumulará el acervo común. Esa sociedad, ese mundo, ese hombre, es un libro formado por tres capítulos: pasado, presente y futuro. La felicidad del hombre, está en su presente. Parece mentira, pero los ácratas, los anarquistas, hasta hoy no han conocido más que dos de estos capítulos: el pasado, que han visto como un montón de injusticias y el futuro, que lo contemplan obsesionados, como una aurora de luces inconcretas, pero cegadoras por sus destellos justicieros. Nunca los ácratas se acordaron del presente; siempre hablaron mirando con asco el pasado y por odio a ese pasado han propugnado un mundo mejor en lo futuro. Pues bien, amigo, yo te digo que esta concepción de los oprimidos es un lamentable error y que ha llegado el momento de que los libertarios laboren con decisión sobre la levadura del presente.

—Los ácratas vamos más allá.

—Nadie te dice que te quedes en el camino; lo que te digo es que camino adelante, procures gozar de cuanto la vida te ofrezca. Si su libro tiene tres capítulos, hay que leerlos todos. El pasado, para estudiarlo; el presente para vivirlo y el futuro para soñarlo.

—La acracia pura, la acracia estricta, no puede hacer eso.

—*La acracia y la anarquía, si nos atenemos al valor de sus denominaciones, no; pero el libertarismo podría hacerlo.*

—*No admito el matiz.*

—*Me atiendo al valor etimológico de los vocablos. Acracia y anarquía equivalen a una negación absoluta de todo orden, de todo poder y de toda coacción. Son, pues, el fulminante siempre pronto a estallar en la lucha social. Entre el orden viejo que se derrumba y el nuevo "desorden" que se desea, no queda más que el caos. No hay tránsito, no hay una meseta tranquila desde donde avizorar los horizontes. Ese punto de transición podríamos encontrarlo admitiendo el libertarismo como aglutinante entre lo que se derrumba y lo que surge. Las concepciones libertarias—de acuerdo con su nombre—podrían ir a la conquista de unos objetivos mínimos por evoluciones más o menos violentas. Ganar cada día una trinchera al enemigo hasta llegar a la victoria final, si es que esa victoria es realmente alcanzable.*

—*¿Sin destruir nada?*

—*No veo la necesidad de esa destrucción por todos preconizada. Yugular, asfixiar y transformar es mucho más cómodo.*

—*Eso son válvulas de escape que retardarían la victoria.*

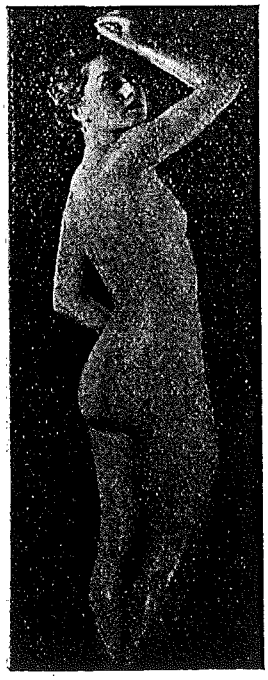
—*No llevo prisa alguna en alcanzarla. En lo que sí llevo prisa es en gozar de aquello que se conquiste. Los anarquistas y los ácratas, no tendrán nunca presente; nunca. Siempre irán más lejos del orden o del "desorden" en que se agiten. No te asombres si te digo que, cuando no sean anarquistas los de abajo, lo serán los de arriba. Te he advertido ya que anarquía equivale a lucha, a dinamita, a mecha, a fulminante en la lucha social. No es, ni puede ser régimen, ordenación, ni gobierno de los hombres y de las cosas. Quien acepte la responsabilidad de un poder, sea el que sea, dejará de ser anarquista, pero podrá seguir siendo libertario, porque poder equivale a gobierno, gobernar quiere decir ordenar y ordenar, encauzar o canalizar, no es otra cosa que la negación de las esencias anárquicas. Se puede gobernar en un sentido más o menos libertario; no se puede gobernar en sentido anárquico. Jamás organización sindical alguna podrá ser sustantivamente anárquica. Lo será circunstancialmente en la lucha, pero en el momento mismo en que los elementos de producción queden bajo su control, dejará de serlo. En eso se equivocaron todos los teorizantes y filósofos de la anarquía. Los organismos proletarios, mientras sean oposición, aglutinarán todos los idealismos rebeldes para sumarlos a sus falanges y precipitar la revolución que habrá de adjudicarles el poder; una vez captado éste, los dirigentes del nuevo estado de cosas se apresurarán a establecer normas económicas, a organizar sistemas de producción, a rodearse de elementos coactivos para cimentar y fortalecer la nueva "ley" y durante un tiempo más corto o más largo, arrastrarán el lastre de las falanges rebeldes que les ayudaron a realizar el traspaso de poderes; pero, fatalmente, irremediablemente, los roces y violencias darán fin a la armonía que se produjo espontáneamente en los episodios preliminares o en el momento rojo del golpe y los nuevos representantes del proletariado productor acabarán echando el lastre de los extremismos por la borda. ¿Podemos dar a este procedimiento el nombre de ingratitud? Sería injusto hacerlo. Las sindicales auténticamente proletarias tienen un fin concreto: ordenar y administrar por la vía directa el productor y sus labores. Logrado esto, sus elementos directivos no pueden ni deben ir más allá. El instinto de conservación y el goce de la victoria se lo vedan. Sindicales y extremismas, se han ayudado para vencer al adversario común y se ha resuelto una etapa más del proceso de liberación del proletariado. Los anarquistas, los*

(Continúa en la pág. 30)



Admirad la valentía de los mercenarios al "conquistar" un p ueblecillo en el que no encuentran más defensores que niños, mujeres y viejos!

Los sapos del pantano



La revolución ya tiene charca, ya tiene pantano y por lo tanto, ya tiene sapos. Pero lo malo es que esos sapos, no son producto natural de la charca que toda revolución conlleva, sino que, invirtiendo el proceso, los sapos han creado el pantano para poder vivir en el fondo de sus aguas turbias.

Nuestra revolución — como todas las revoluciones —nació sin charca. Sus linfas, linfas de sangre, eran puras, limpias, generosas. No había turbiedades ni grumos en ellas. Mientras los revolucionarios tuvimos los fusiles, se quemó, se destrozó, se echó abajo cuanto de material irritaba nuestras retinas. No se incautó nadie de nada, no se "controló" nada, no se "colectivizó" nada. Y es natural: los revolucionarios éramos eso: revolucionarios.

Recuerdo que en la madrugada del 22 de julio, materialmente desgajado, con la pierna chorreando por efecto de una caricia del plomo, volvía a mi hogar y daba por terminada mi misión activa de revolucionario. En pleno paseo de Maragall me encontré con Federica Montseny, a quien, en breves palabras, relaté el aspecto que iba tomando la lucha. Le enseñé un trozo de billete del Banco de España que conservaba las huellas del fuego y ella se entusiasmó viendo que el pueblo quemaba la "moneda".

—¡Eso es el anarquismo! — excalmó besando en un transporte de alegría a un hombretón de barbas nevadas que estaba a su lado y que no era Federico Urales, su padre.

—Quizá sí — hice yo; y proseguí mi camino, a pie. Confieso que no se me había ocurrido pensar que podía echar mano del primer auto con que tropezara.

Vivo cerca de Horta. Junto a mi casa había una iglesia y una escuela confesional. Al llegar allí me sentí aún con energías para echar un poco de leña al fuego antes de retirarme a descansar, después de setenta horas de trepidación nerviosa. Eramos pocos a trabajar. A lo sumo media docena de hombres y diez o doce chiquillos.

Tres días después, en mi barrio había más fusiles y más revolucionarios que en la toma de la Bastilla.



¡Sin hogar, sin hijo y sin marido! ¿Para qué dejar el pueblo? ¿Qué puede reservarle ya la vida a esta infeliz?

En mi arrabal fuí siempre el portador de la bandera de todas las rebeldías. Creé en él su Junta Vecinal, que vino a sustituir al párroco y a las catequistas en sus funciones de asistencia social. Borré de sus fiestas y expansiones cuanto oliera a confesional. De una plumada eché abajo su denominación patronímica y le dejé la auténtica y secular, de agradable sabor terral. Eso hizo reír a muchos. Esos muchos, hoy son terriblemente revolucionarios y serían capaces de cambiarles el nombre hasta a las san-guijuelas. Tan revolucionarios serán, que a los pocos días de iniciado el período revolucionario, fueron a mi casa a hacer un registro. Mis familiares me lo contaron:

—Se han llevado dos cuadros de tu despacho y los han quemado en medio de la plaza.

—¿De mi despacho? — pregunté asombrado. — ¿Qué cuadros eran esos que estaban en mi casa y han merecido la execración de los "jacobinos" del barrio?

—No sé. Unos decían que eran san Pablo y san Pedro. Otro, más cuerdo, ha dicho que uno de ellos no debía quemarse porque era Moisés... Pero los han quemado.

Rápido entré en mi rincón de trabajo y vi los huecos de los cuadros desaparecidos y quemados delante de mi casa para vergüenza mía. Esos cuadros eran las venerables efigies de Demóstenes y Epicuro. Los sapos los habían echado a la charca y con sus chapoteos enfangaron mi hogar de luchador. Me acordé entonces de que en mi brega tenaz, silente, con el clero durante años y años, casi siempre estuve solo en las trincheras de mi arrabal.

Sonreí con la amargura que es de suponer al darme cuenta de las manos en que iba cayendo nuestra revolución y pensé en aquellas palabras de Proudhon, en sus confesiones:

"La demagogía, tan conocida en Francia desde hace sesenta años con el nombre de jacobinismo, es un disfraz que actúa bajo la máscara de violencias y afectaciones ferozmente revolucionarias. El jacobinismo se las toma con los cargos, no con las instituciones; persigue a los hombres, no a los principios y se consagra a cambiar las formas y los nombres, no las ideas. Así, mientras presenta a los reyes, a los poderosos y a los sacerdotes como tiranos e impostores, y a los moderados o demócratas como mixtificadores y ambiciosos, procura acumular todas las reservas hacia la cimentación de la autoridad que codicia y del prejuicio de que espera servirse para sus fines. Robespierre encarna el jacobinismo al mandar al cadalso a los defensores de la Constitución Hebert, Leclerc, Jacques, Roux y Dantón."

Pero precisa no olvidar que quienes incubaron la revolución, no fueron precisamente los terribles moradores del convento de san



Metidos en los tubos del "Metro" se salvan de la metralla asesina estos desventurados madrileños



En los rostros de las mujeres y los niños, el dolor del éxodo; en las facciones del viejo, el anhelo duro, rabioso, de vengar tanto crimen...

Jacobo, sino los hombres a quienes ellos inmolaron en nombre de un radicalismo que no era otra cosa que la expresión mixtificada de sus apetitos insaciables.

Los sapos no hacen las revoluciones. Viven de ellas. No es lo mismo. Los de nuestra charca, para enardecer a las juventudes inexpertas, han levantado la bandera subyugadora de que hay que ganar la revolución además de ganar la guerra. Con esta misma bandera llevaron los jacobinos al pueblo francés hacia las garras napoleónicas.

Hay que hablar claro para que nos entendamos. Los que hemos luchado toda la vida para lograr que la convulsión se produjera, no podemos ni debemos dejarnos desbordar por los arrivistas ni por los impacientes. A los primeros hay que eliminarlos a rajatabla, sin piedad, sin consideración de clase alguna; a los segundos hay que decirles bien claro y bien limpio, para que no quede el menor resquicio a la duda, que las revoluciones no se ganan ni se pierden que no empiezan ni terminan, que nadie ha "hecho" nunca una revolución desde que el mundo es mundo y que nadie ha ganado ni perdido jamás una revolución. Que, siempre, las revoluciones se han producido por sí mismas y que por sí mismas se han extinguido. Que obedecen ellas a un proceso natural, a un complejo

cósmico de la biología, de la ideología y de la fisiología de la humana criatura, incubado en las entrañas sociales de todos los tiempos y que nadie puede anticiparlas ni retardarlas, sin aceptar las consecuencias catastróficas de alterar el ritmo de un imperativo natural e indeclinable. Hay que decirles que las convulsiones sociales, son las lavas candentes de un volcán, que irrumpen de su cráter cuando las corrientes internas de una sociedad ya gastada, chocan con violencias insuperables. Precisa hacerles comprender que las revoluciones no han de ganar nada, porque con solo producirse cumplen su misión transformadora o, mejor dicho, niveladora de injusticias.

Y una vez dicho esto a los impacientes de buena fe, hay que advertirles que eso que estamos viviendo en España, no es una revolución, si no una guerra. El ciclo revolucionario, quedó zanjado al tercer día del alzamiento de los militares, de los clericales y de los potentados, con su fracaso. Todo lo que ha venido después, nada tiene que ver con el momento revolucionario. Allí, los tres elementos facciosos, perdieron ya todo lo que, de acuerdo con el momento cósmico, ponían en el envite. Pero como tras el fracaso, al que no se resignaron, nos plantearon la situación de hecho de la guerra, a ella hay que dedicar toda la atención, no a la revolución que es agua pasada y no cederá ni un milímetro de lo que dejó ya establecido en su día, de una manera tácita, pero vertical.

No se hable más de revolución para antes ni para después. Háblese de guerra, que es lo que estamos liquidando ahora. Guerra de aspectos sociales si se quiere, por derivarse de una revolución de este carácter, pero guerra al fin de la que depende que la revolución implante o no sus conquistas ya logradas. Porque, eso sí que no hay que olvidarlo, si las revoluciones no se ganan ni se pierden, las guerras, sí, las guerras se ganan y se pierden y cuando se pierde una guerra social como la nuestra, el ritmo de la revolución natural queda roto, queda desquiciado y se precisan años y años para recogerlo de nuevo. Y eso es lo que la revolución se juega en la partida: la implantación o no de cuanto haya podido aglutinar en su convulsión. ¡Ay de nosotros que perdamos la guerra! ¡Ay de nosotros que, mientras jugamos a dudar de si hemos hecho o no la revolución y a discutir si es para antes o para después la reivindicación de las conquistas que nadie discute, que nade pone en duda, ni nacional ni internacionalmente, ay de nosotros, repetimos, que nuestros adversarios, que hacen la guerra y saben por qué la hacen salgan victoriosos en su empeño desesperado! La revolución liquidada, forma ya un solo cuerpo con la guerra. No hay que olvidarlo.

Ganar la guerra ha de ser nuestra obsesión única como es la de ellos; cerrarle el paso a la opresión y al despotismo, nuestra consigna. Todo y todos, desde los demócratas más templados hasta los ácratas más candentes, hemos de oponer nuestros músculos a las garras del buitre. Nadie tiene derecho a hablar ahora de revolución en la retaguardia ni a pretender hacer la suya, exclusiva, facciosa, sin principio jurídico, teórico, ni orgánico que la vitalice, mientras en las trincheras haya un solo amante de la libertad, que, sin etiqueta, sin facción, sin programa previo, generosamente ofrezca el pecho al adversario. Nadie puede ni debe hablar de sus postulados, mientras las hordas salvajes van entrando a saco en las ciudades y en los pueblos que, como botín de guerra, van tomando. ¿Lo oís bien, impacientes de buena fe? ¡Las hordas de Atila nos toman ciudades y pueblos, asesinan a nuestros hermanos, desvientran a nuestras mujeres, y mientras ellos van reconquistando la revolución que les fué adversa, nosotros aquí, armados hasta los dientes, nos perseguimos unos a otros, nos ametrallamos, nos aniquilamos y ponemos en duda si la revolución quedó o no quedó liquidada.

Pero, ¿es que estamos ciegos, nos preguntamos? ¿Es que no sabemos lo que hemos hecho, nos decimos? ¿Cómo hablar ahora de proseguir la revolución y sobre todo de ganarla? ¿No es acaso la revolución, con sus conquistas intangibles, la que está en pie ante los bandidos que quieren arrebatarnos lo que es ya nuestro porque ellos no supieron defenderlo? ¡No, camaradas! ¡No aceptéis el supuesto de que la revolución no se haya hecho! La revolución está aquí, viva, llameante, arrolladora y se bate a pecho abierto con el fascismo. Cada uno de nosotros es la revolución en marcha, cada uno de ellos, el puñal, el trabuco y la navaja, que trata de quitarnos lo que sólo la muerte habrá de llevarse. Porque, si la revolución es una cosa y la guerra otra, ¿qué es lo que están defendiendo nuestros hombres en el frente? ¿Por qué y para qué están luchando? ¿En qué mente obtusa ha germinado ese absurdo de que la guerra y la revolución son dos cosas distintas? ¿Qué resolveríamos con ir implantando ahora aspectos revolucionarios si perdiendo la guerra lo perderíamos todo? Razonad, camaradas impacientes, que en el razonar y no en el despotricar hallaréis el camino que nos ha de conducir a la victoria decisiva.

Y ahora que les hemos dicho a los impacientes de buena fe, lo que precisaba decirles, digamos a los pseudo-jacobinos lo que a trallazos hay que restallarles:

Digámosles que acaben de una vez de hablar en nombre de organizaciones a las que se han filtrado con la ganzúa del extremismo, y a las que ni representan ni pueden representar. Digámosles que ningún revolucionario



Rostros goyescos, rasgos de pesadilla, hambre, dolor, miseria. ¡He aquí la obra de nuestros "civilizadores"!

histórico, que son los únicos que han de contar en las funciones directivas, está conforme con que se menosprecie la aportación al ejército común de todos los valores antifascistas y mucho menos con que se les persiga y se les destroce. Digámosles a zurriagazos, a balazos si precisa, que ningún ácrata, que ningún comunista, que ningún libertario con teoría revolucionaria consciente, se cree con más derecho a los beneficios indeclinables que se deduzcan de la revolución, que aquel pequeño burgués, que aquel demócrata, que aquel republicano que, a pesar de ver que se le llevan sus míseros ahorros y sus elementos de trabajo regados con sudor y con sangre, se resignan, aceptan estoicos el desbordar de las aguas turbias y piden con el puño en alto que se les den armas para ir al frente. ¿Dónde, de qué parte está — nos preguntamos — el mayor contenido de sacrificio? ¿Dónde se advierte — imprecamos — mayor abnegación, en aquel explotado que, por no sufrir más, se lo juega todo, o en el hombre que, encajado con cierta comodidad dentro del engranaje capitalista, lo abandona todo, lo entrega todo, coge el fusil y se echa a la calle al grito emocionado y emocionante de "¡Libertad!"? ¿Quién se atreve, quién es capaz de tirar contra él la primera piedra limpia de pecado? ¿Qué revolucionario honesto, qué revolucionario digno, puede aceptar que sea llevada a tales extremos la injusticia?

No, la revolución no es de nadie, porque es de todos. Nadie puede adjudicársela a cuenta de inventario, porque el inventario de la revolución lo trae ella misma. No irá más allá ni se quedará más acá de lo que el momento cósmico requiera. En lo material, la revolución está hecha; en lo legal, será lo que deba ser. Ni un milímetro más; ni un mi-



¡Han pasado los cuervos negros y han dejado su rastro: muerte, ruinas, hogares vacíos!

límetro menos. Si alguien trata de estrangular la revolución, ella le desbordará, y si alguien pretendiera llevarla más allá de lo que ella se ha propuesto, el paso atrás sería inevitable. Las revoluciones son un nivel, no un caos. Son una convulsión para situar la sociedad en su justo medio y no asimilan anticipos ni retrocesos. El mundo descansa siempre en un punto magnético. Nosotros, los españoles, nos habíamos retrasado y, todavía, unos elementos incomprensivos, querían situarnos más lejos de ese magnetismo universal. La revolución les ha cerrado el paso y ha situado el nuevo orden de acuerdo con la armonía del momento. Cuando Italia y Alemania despierten de su letargo, por mucho que se hayan retrasado, se situarán de golpe junto a nosotros y si Rusia caminó demasiado al dar la embestida, luego hubo de moderar la marcha. Las revoluciones son eso, lo han sido siempre y lo serán eternamente: niveles. Y quien se aparte de este nivel, si vive, vivirá a precario, que es como viven todas las dictaduras y todas las situaciones de fuerza y de violencia.

J. SANXO FARRERONS



¡Ahí los tenéis, cuervos! ¡No os falta más que sacarles los ojos para que vuestra labor sea completa!

Cultura física popular

LAS PIERNAS Y LOS MUSLOS

BIOFILIA inaugura hoy una sección que, en buena lógica, debió figurar ya en sus páginas desde el primer número: la de Cultura Física. Efectivamente, la cultura del músculo y la sencilla ordenación de cuanto afecte al organismo humano, ha de ocupar lugar destacado en una publicación biófila. Todas las civilizaciones paganas, todas las sociedades no monoteístas, han dedicado especial atención a cuanto favoreciera el desarrollo eufórico del cuerpo humano y si BIOFILIA quiere que sus postulados generosos adquieran eficiencia inmediata, debe proporcionar a sus lectores métodos y sistemas que les ayuden a resolver los pequeños problemas orgánicos que se les presenten.

La gimnasia, científicamente aplicada, no solamente puede evitar, si no corregir y aun eliminar por completo, infinitas deformaciones del cuerpo humano.

Desde el punto de vista profiláctico, podríamos afirmar que la práctica cuotidiana de unos ejercicios gimnásticos equivale a una vacuna contra el noventa por ciento de las enfermedades que con mayor frecuencia atacan al individuo. Tan evidente, tan palpable se ha hecho esta teoría, que ni siquiera vale la pena de aportar argumentos en su defensa. La gimnasia, la hidroterapia y la helioterapia son las tres mejores armas defensivas de que puede echar mano el individuo para enfrentarse con los ejércitos invasores del cuerpo humano que tienden a destruirlo, a depauperarlo y a dejarlo inerme para luchar con ellos y adjudicarse la victoria por inanición.

Ahora bien: precisa advertir que los ejercicios gimnásticos, si no son científica y racionalmente practicados, pueden dar resultados completamente opuestos a los que el individuo ha pretendido lograr.

La gimnasia muscular, lo dice su nombre, es para ser aplicada, precisamente, al músculo que lo requiera. No es lo mismo realizar un poco de gimnasia diaria con fines puramente atléticos, que valerse de ella para atacar o corregir un defecto. Ambos aspectos, no obstante, requieren su método, su orientación y el encauzamiento de las prácticas con unas directrices determinadas.

El buen gimnasta sabe siempre lo que se propone al realizar un movimiento y, de acuerdo con el objetivo a lograr, establece los puntos del cuerpo sobre los cuales ha de actuar.

Hacer gimnasia no quiere decir, ni mucho menos, correr, saltar, cansarse, sudar y acabar reventado y sin alientos a los pocos minutos de iniciadas las prácticas. El gimnasta consciente, apenas nota síntomas de fatiga al dar por terminados sus ejercicios. Al revés, lo que observa, a los pocos días de iniciadas las prácticas, es una mayor agilidad y una saludable euforia al final de cada sesión.

Desde luego, la gimnasia es un método y como a tal, los resultados no son inmediatos. El gimnasta ha de ser tenaz y constante y tener fe en lo que practica.

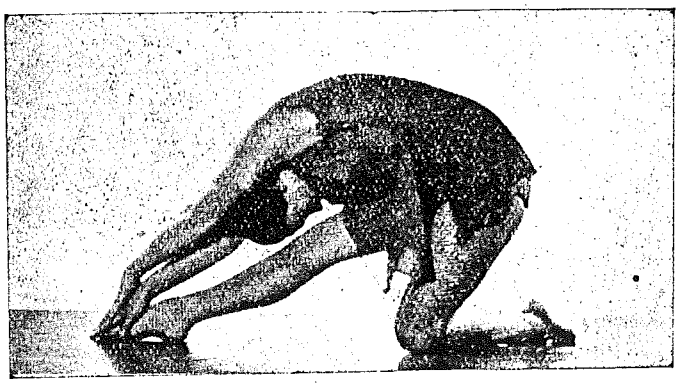


Figura 1

PARA FORTALECER Y DAR NERVIO A LAS PIERNAS

Figura 1.—Posición inicial: la rodilla izquierda contra el suelo; la pierna derecha extendida hacia adelante con la punta del pie y el talón planos. El busto doblado hasta casi rozar con la frente la rodilla derecha. Las dos manos, extendidas sobre el antepié. Los brazos rozando las orejas. Permanecer así un par de segundos para enlazar con:

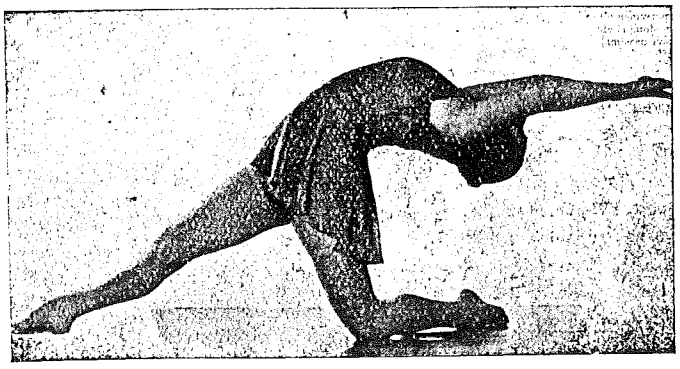
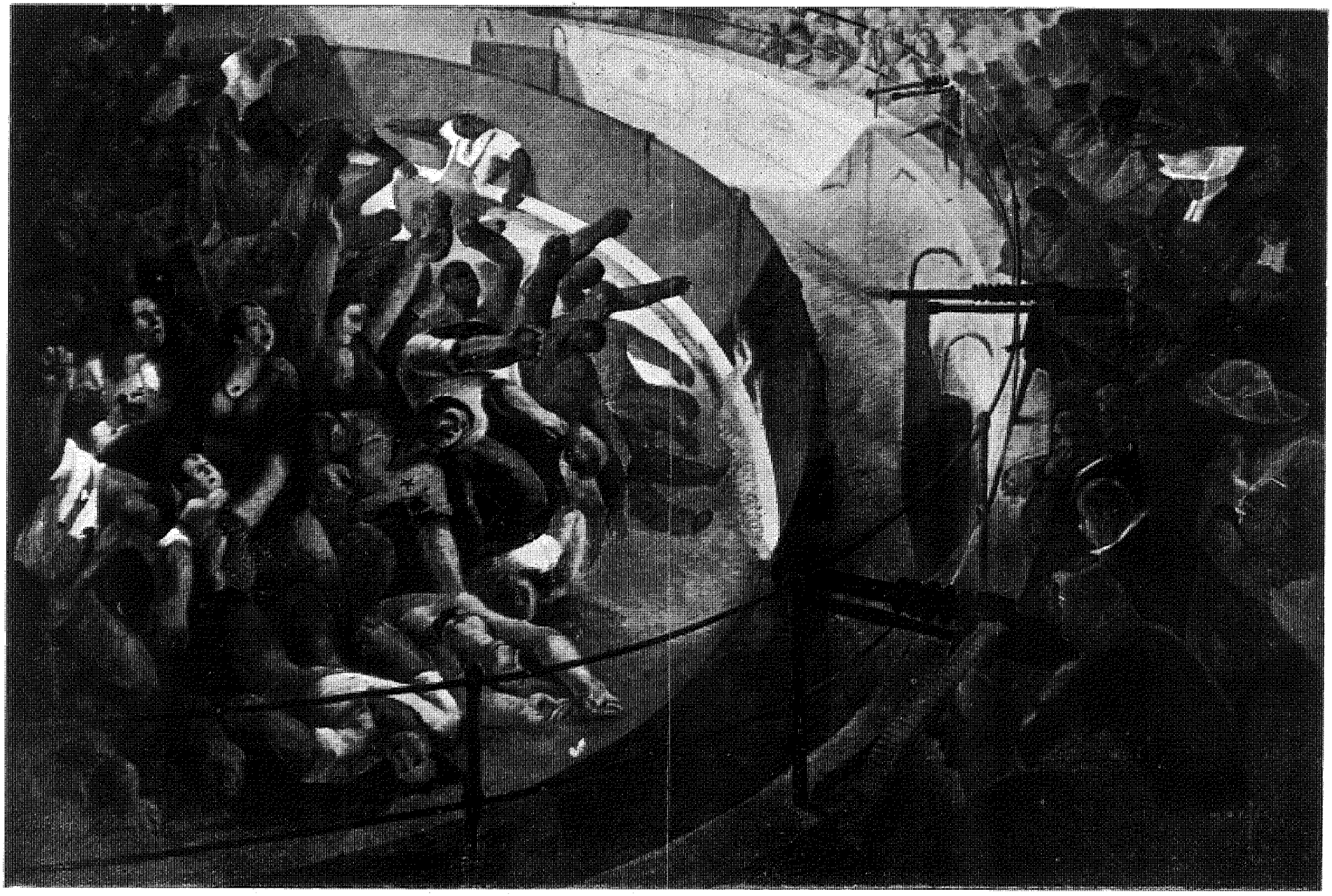


Figura 2

Figura 2.—Movimiento de extensión: Incorporarse a plomo, lentamente, sin truncar la posición de los miembros y dejar caer el busto y los brazos hacia atrás, en flexión sobre los riñones. Los brazos han de continuar siempre pegados a las orejas. No hay que cargar sobre el muslo sino sobre los riñones y, por lo tanto, no precisa forzar excesivamente la caída hacia atrás. Realizar 4 ó 5 movimientos de vaivén. Resultado. Las piernas se endurecen. los tendones se acusan y al propio tiempo el talle adquiere flexibilidad.



FUSILAMIENTOS EN MASA EN LA PLAZA DE TOROS DE BADAJOZ

"No matarás" "Os amaréis los unos a los otros", así hablaron el Padre y el Hijo desde el Sinaí y bajo los olivares de Galilea. Pero los mercaderes que hicieron almoneda de sus doctrinas generosas, mataron y aborrecieron a los que, sin predicarlas, sin utilizarlas como ganzúas, trataron de orientar su vida de acuerdo con las palabras del Humilde. Aborrecieron, persiguieron, encarcelaron y asesinaron a cuantos recogieron el dolor de la Cruz y de él hicieron bandera. Odiaron a los pobres, encarcelaron a los rebeldes, asesinaron a los indoblegables. Así dicen cumplir los mandatos del Maestro. Esa es su religión: matar, perseguir, asesinar para luego, de rodillas en el confesonario, pedir perdón por sus pecados... que no tienen, que no pueden tener perdón, ni de Dios ni de los hombres...



Figura 3

PARA ADELGAZAR LOS MUSLOS

Figura 3.—Posición de partida: De pie y el busto erguido. La mano izquierda sobre un apoyo. La pierna derecha, extendida hacia adelante con la punta del pie en el suelo. Dos segundos para pasar a la Figura 4.—Describir, con la pierna derecha bien extendida, lentos semi-círculos de delante atrás y de atrás a delante, con la cara hacia el cielo y el busto bien tenso y absolutamente inmóvil. Los semi-círculos deben ir creciendo en amplitud. La punta del pie, bien estirada. De 8 a 10 movimientos de ida y vuelta. Resultado: pérdida de grasa en las mollas muslares.

Forzar la marcha, realizar ejercicios violentos, levantar pesos excesivos o ejecutar contracciones dolorosas, más que un plan preventivo o curativo, resultará una práctica agotadora que, a la postre, se traducirá en lamentables alteraciones orgánicas.



Figura 4

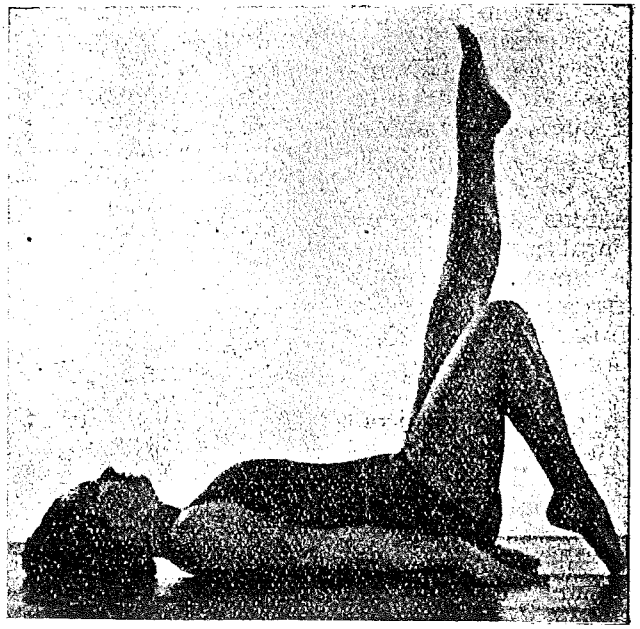


Figura 5

PARA FORTALECER LAS RODILLAS

Figura 5.—Posición inicial: Cuerpo tendido en el suelo. Recoger las piernas hasta tener las rodillas en alto y tocar el suelo únicamente con las puntas de los pies. Movimiento: Levantar, alternativamente, la pierna izquierda y la derecha, bien extendidas y tratando de hundir la rodilla. La punta del pie empujando hacia arriba. Muchas mujeres tienen las rodillas muy pronunciadas como consecuencia de usar tacones altos. Este movimiento corrige tal defecto. Repetir 10 veces cada pierna.



Figura 6

ENDURECIMIENTO Y ADELGAZAMIENTO DE LOS MUSLOS

Figura 6.—Posición de entrada: De pie firme. La izquierda apoyada. El brazo derecho totalmente extendido. Levántese doblada la pierna derecha más arriba del talle. El pie de punta hacia el suelo para entrar en las



Figura 7



Figura 8

Figuras 7 y 8.—Movimiento: Abrir el muslo hacia la derecha; tender la pierna y levantarla hasta dar con la palma de la mano derecha. Volver a la posición inicial deshaciendo el movimiento. Repetir 8 veces. Resultado: endurecimiento de los muslos, rigidez de los tendones y fortalecimiento de la pierna quieta.

Algunos escépticos, cuando se les habla de las prácticas atléticas para atacar un defecto cualquiera de conformación muscular o adiposa, comentan con ironía: "¡Ah, sí, eso que lo mismo se aplica para engordar como para enflaquecer! Y, pícaros, guiñan el ojo, como dando a entender que a ellos no se les engaña tan fácilmente.

Pues sí, señores enterados, señores escépticos, señores vivos, la gimnasia, lo mismo que sus hermanas la hidroterapia y la helioterapia, sirven para dar carnes y para quitarlas, para oxigenar los pulmones y para hacer desaparecer el dolor de riñones. Lo esencial es saber QUE método hay que seguir y COMO deba ser practicado. Y una vez aclarados estos puntos, poner toda la buena voluntad y toda la constancia para seguir el plan hasta el fin. En una palabra: los métodos gimnásticos no son un cúralotodo, pero curan y, sobre todo, evitan muchas dolencias.

Agua, sol y ejercicio, cuerdamente administrados, son elementos eficacísimos para la ordenación del organismo y al abrir esta sección nos ofrecemos a nuestros lectores para

evacuar cuantas consultas quieran hacernos. Nada habrán de satisfacer para ser atendidos. Bastará que nos escriban detallando sus dolencias o sus propósitos y en estas mismas columnas se les contestará.

Hoy ofrecemos diversos ejercicios destinados exclusivamente a corregir excesos de grasa y leves deficencias de las piernas y los muslos. En otros números estudiaremos otros órganos del cuerpo humano y daremos orientaciones de prácticas cuotidianas para ser ejecutadas por personas sanas y con fines simplemente eufóricos.

Desde luego, nuestros métodos serán siempre sencillos y realizables con extraordinaria facilidad. No nos proponemos orientar nuestras actividades hacia la gimnasia profesional, si no facilitar a nuestros lectores orientaciones que les permitan actuar cotidianamente sobre sectores determinados cuyos defectos o excesos quieran corregir, o simplemente, señalarles diversos ejercicios puramente atléticos para dar agilidad a todo el sistema muscular.

Diez minutos diarios de gimnasia, son, no solamente recomendables, si no que habrán de ser realizados obligatoriamente por todos los ciudadanos. La ducha y la gimnasia dan fluidez a la sangre y agilidad a los músculos y quien se entregue a tales prácticas evitará casi siempre las molestias de esas pequeñas enfermedades que temporalmente invaden nuestros organismos, particularmente entre los habitantes de las urbes populosas.

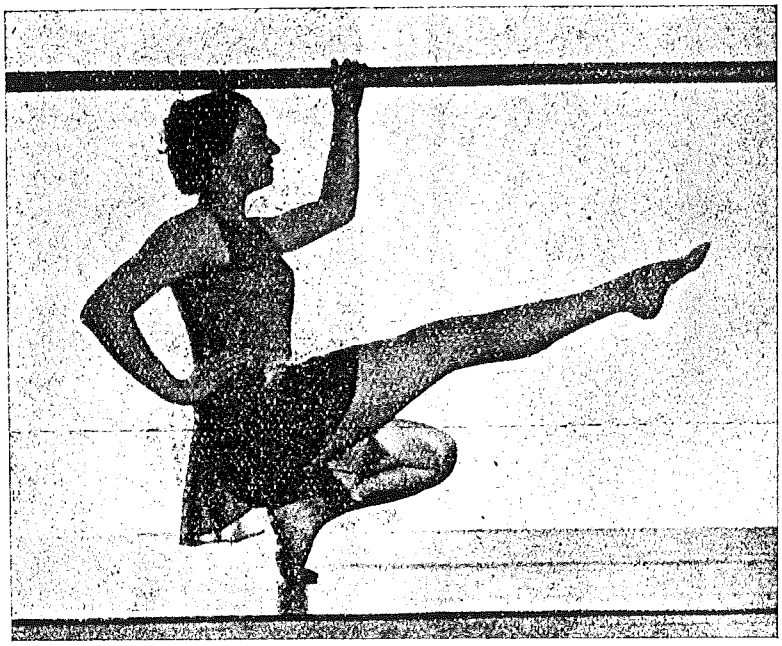


Figura 9

PARA ENDURECER Y DESARROLLAR LOS MUSLOS Y LAS NALGAS

Figura 9.—Posición inicial: En pie. Cuerpo erguido. Apoyo por la mano izquierda. Pies abiertos con las puntas hacia los lados.
Movimiento: Dejarse caer, con las rodillas separadas y todo el cuerpo apoyado sobre las puntas de los pies, hasta rozar las nalgas con los talones. Lanzar la pierna derecha bien extendida y hasta la mayor altura posible Volver el pie derecho junto al izquierdo. Ponerse de pie y continuar. No doblar el busto hacia adelante. Mantener las rodillas separadas. Repetir 4 veces.
Resultado: Fortalecimiento y desarrollo de las nalgas y de los muslos.

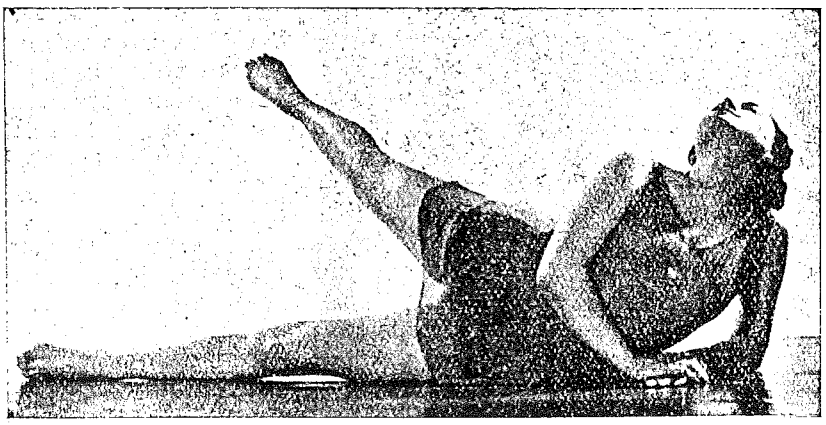
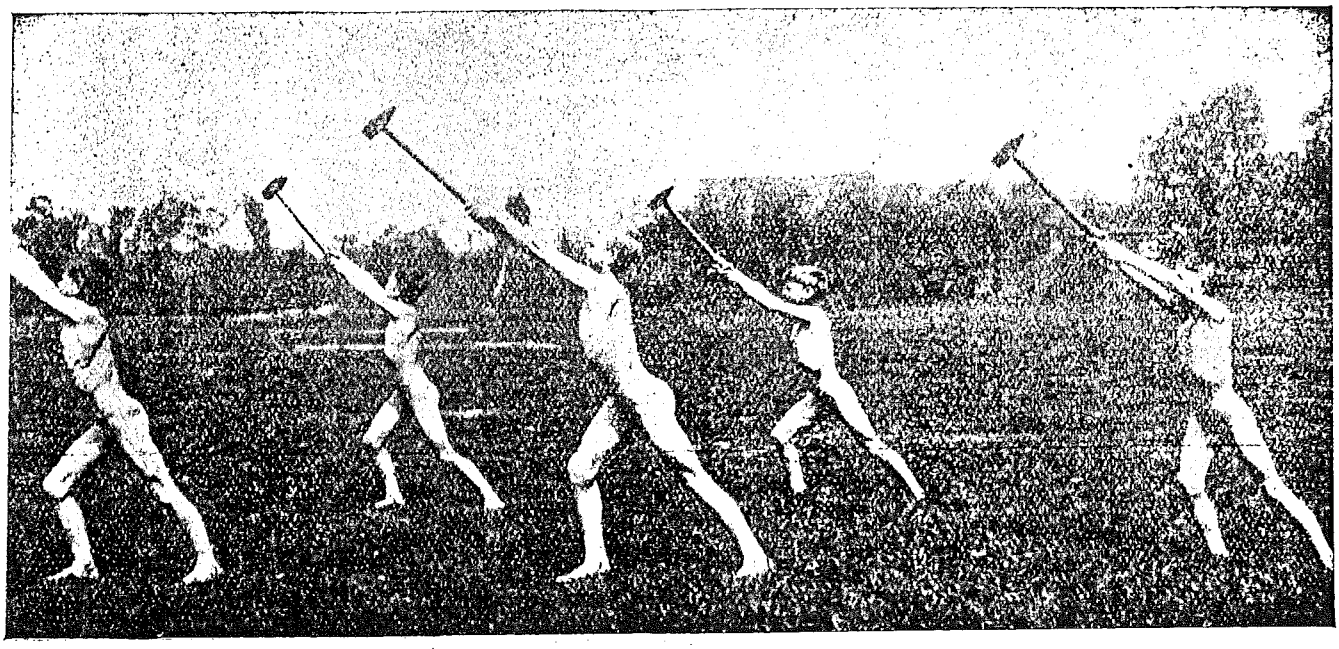


Figura 10

DESGRASAMIENTO Y ESTIRAMIENTO DEL MUSLO

Figura 10.—Posición inicial: Tendida de lado y apoyándose en el codo. Movimiento: Lanzar la pierna bien tendida, en absoluta rigidez, hacia atrás; hacer lo propio con el busto y la cabeza. Ambas cosas, lo más atrás posible. Conservar la otra pierna tendida y rígida. Repetir ocho veces seguidas con una pierna y después ocho con otra.

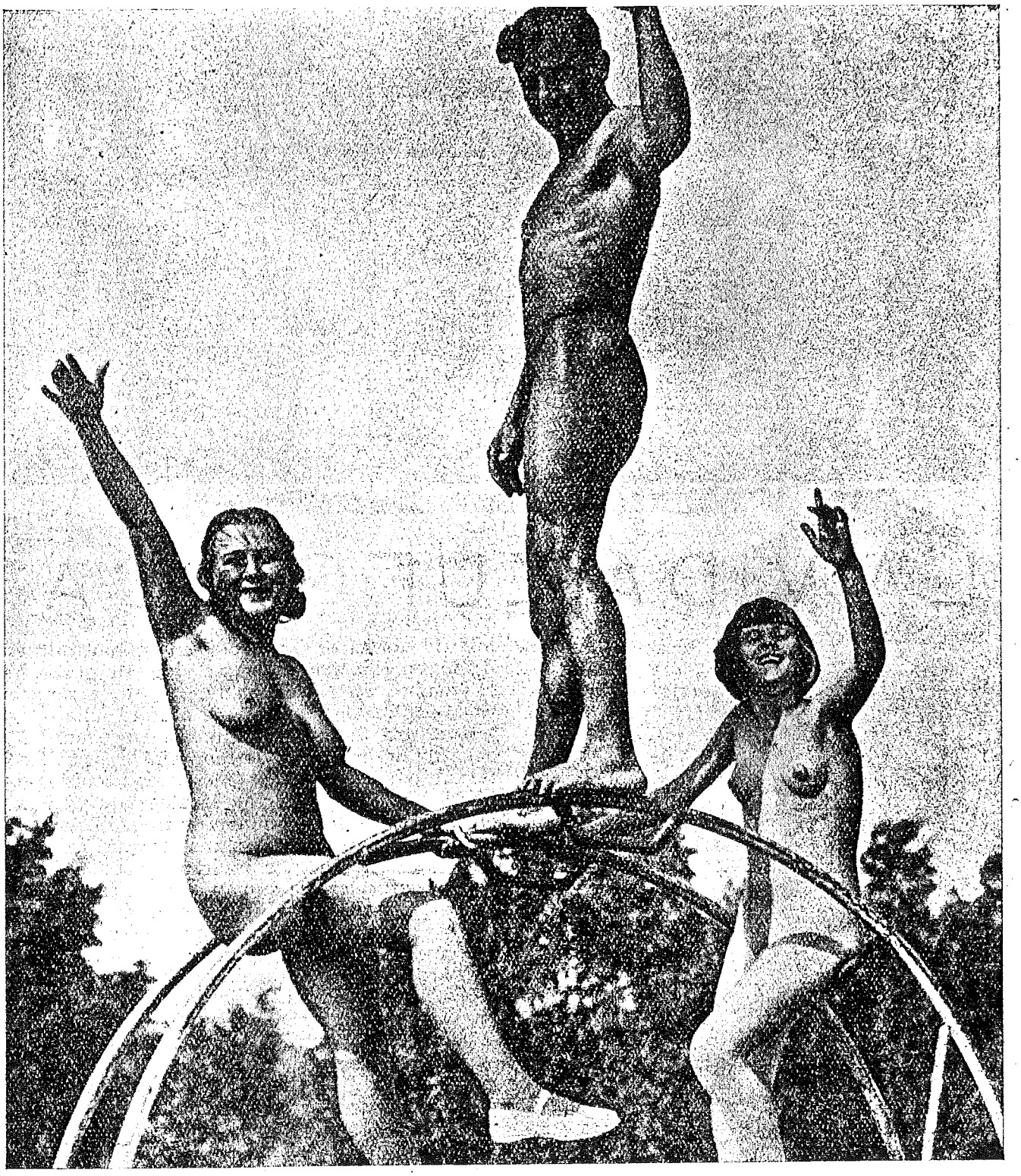


LA VIDA EUFÓRICA



Se acerca la primavera. Naranjos, perales y cerezos, están ya en flor. La tragedia invernal de las cepas, tórnase orfebrería reidora al engalanarse sus desnudos y retorcidos brazos, con diminutos brotes dorados y broncíneos. Despeina marzo ventoso las plateadas ramas de los olivos, enjoyadas de racimos de fruto en ciernes. Cálidos vahos de fecundidad álzanse de la tierra esponjosa, en cuyas entrañas se regodea la simiente que quiere ser ya brote. Verdean los surcos en la huerta sanguínea. Se amansa el mar y cambia el trallazo de los cantiles por el beso playero. Los picachos nevados se agrietan y sus aguas escurridizas van pintando los prados de tiernos esmeraldas. Se van, huraños, los recargados nubarrones de cambiantes metálicos, y aparecen en la altura inmensa, limpia, transparente, las cabalgatas pomposas de las blancas espumas. Más que un despertar, se descubre un codicioso renacer en la naturaleza. Todo, en ella, son ansias de vivir, de gozar. Y el hombre, su esclavo, advierte en la sangre un inexplicable hervor, una plétora, una opulencia, una desazón inusitadas. De pronto se acuerda del mar y de la montaña, amigos fraternales que, por unos meses, ha tenido en olvido. La euforia terral, la alegría marinera, el rumoreo de las frondas y la indecible atracción de las cimas invaden sus arterias, las hinchan, las dilatan y le incitan a reconciliarse con la naturaleza, a sumergirse en sus vahos, a saturarse de sus fragancias y de sus canciones hasta hacerlas sangre renovada, sangre joven, sangre en llamas.

Nunca, como en estos días epitalámicos, aparecen ante sus ojos ávidos de horizontes luminosos, más deleznables, más absurdas las microscópicas luchas humanas. Al enfrentarse con esa maravilla que es la naturaleza, al verla tan alegre, tan varia, tan generosa, se pregunta aturdido, desorientado, si será posible que exista el odio en el mundo. Y, si existe, siendo el mundo eso tan hermoso, tan placentero que está mirando, ¿de dónde ha salido? ¿En qué frágua, en qué cubil, en qué mente pantanosa pudo ser creado? ¿Quién lo trajo a la tierra? ¿El hombre? ¿El ser humano? ¿Esa creación, perfecta, que había de regir y ordenar el Cosmos? ¿Puede ser verdad esto? ¿No dicen las Escrituras que la criatura racional es la imagen misma de Dios? ¿Cabe en los límites de lo admisible este sarcasmo? Y si cabe, si hay que aceptar esta herej-a, ¿qué dios es ese que impuso a su ima-



gen la terrible misión de envenenar los terrenales paraísos? ¿Qué creador, qué artífice puede complacerse en hacer insoportable, aborrecible su propia obra? Eso, si no fuera una locura, sería una maldad execrable, digna, más que de un dios, de un sádico paranoico. Y, no obstante, el odio existe en la tierra y es él, no el amor, no la bondad, quien rige nuestros destinos, quien impulsa nuestras acciones, quien señala nuestras rutas.

El odio está en todo, lo invade todo, lo corroe todo y lo pudre todo. La evidencia del hecho acorrala a la razón y ésta se pregunta en una imprecación desesperada: ¿quién envenenó a quién? ¿Dios al hombre, en su in-

saciable afán de dominio, o el hombre a Dios, en su rebeldía inextinguible? ¿Quién de ellos nos trajo el dolor? Porque eso, no vino solo, no surgió solo y de la nada. Precisaron todos los egoísmos, todas las pasiones insanas para que en el alambique infernal de la maldad, se filtrara la primera gota de bilis que había de envenenar al mundo.



La felicidad, sí que vino sola a la tierra, sin que alquimista alguno la engendrara en sus retortas. Nació espontaneamente en los dulces amaneceres del mundo y vivió confiada como una flor entre el cielo y la tierra. Nació antes que el hombre y las bestias la amaron y la gozaron. Y también el hombre la amó y vivió en su compañía mientras vegetó entregado a los bienestares de un jugoso panteísmo universal. Mas un día quiso saber de dónde surgía aquella felicidad que estaba en todo, que lo embalsamaba todo, que lo embellecía todo y como no supo contestarse, la idea de un Dios omnipotente hurgó en su cerebro. Fué entonces, en aquel momento crucial, que la primera gota de bilis cayó sobre la tierra y la envenenó. La envenenó, porque la Naturaleza se revolvió ofendida ante el cerril artificio y le dijo al hombre: No admito ese dios. No lo tolero. Dios y Yo no cabemos en el mundo.



Y la lucha tomó aires feroces entre lo Humano y lo Divino. La falsedad monoteica dióse cuenta en seguida de que su adversario irreconciliable era el panteísmo natural, que daba al hombre la felicidad y se dispuso a aniquilarlo. "Mientras el hombre sea feliz, no creerá en Mí", argumentó la falsa divinidad. Y no cejó, ni ha cejado ni cejará un momento, en su empeño de quitarle al hombre lo que la naturaleza le otorga: la felicidad, el bienestar, la vida dulce y apacible. Siglos y siglos está durando la contienda. Los dioses omniscentes se suceden unos a otros. Lucen, ciegan con sus destellos olímpicos, hasta desvanecerse, hasta perderse en los tiempos y al paso que ellos sucumben, la Naturaleza, inmortal, inconmovible, sencilla, eterna, le va brindando al hombre sus infinitas dulzuras, sus insuperables goces. Y mientras quede en la tierra un árbol que eche ramas, una mujer que ría y un arroyuelo que cante, dios no podrá con la Naturaleza y siempre, siem-

pre, fracasará en sus intentos de hacerle al hombre aborrecible la vida. Es inútil que en las tristes jornadas invernales teja la divinidad su asfixiante tela de araña. Al llegar la Primavera, el hombre se postrará de rodillas y quedará en éxtasis, subyugado por las galas naturales de la fragante Doncella.



Cierto que durante largas etapas, el hombre, torpe, no ve, no sabe ver lo que tiene ante sus ojos y se entrega a la adoración de los íconos de la bilis, de los dioses del rencor, de los fetiches de las turbias salacidades. El mundo es joven. Está en su infancia y la Naturaleza, que lo sabe, durante estas crisis morbosas del ser humano, arropa en sus augustas soledades a la Felicidad y espera, espera a que la razón alumbre la mente del hombre.

¡La Razón! He aquí la palabra. En la Naturaleza, que es eternidad, se razona todo. En la divinidad, que es tránsito, que es convención, no se razona nada.



Dios es maldad, porque es coacción, porque es dominio, porque es fe sin amor, porque es fe por temor. No hay dios posible sin su infierno. Y si le hay, ese dios es la Naturaleza, que lo da todo y no amenaza con nada.

Esas guerras sin cuartel que asolan al mundo, esas luchas fratricidas que lo hacen inhabitable, esos hombres que en sus odios sin límite se persiguen, se cazan y se exterminan, no pueden hablar más que en nombre de dios que, por no hallar hueco en ella, quiere destruir la tierra. Esos pájaros de acero que manchan la pureza del cobalto, que pasan sobre las ciudades indefensas y sueltan su carga espantosa, esos cuervos de alas negras que al abrir las garras dejan caer sus huevos de metralla y matan a un niño que estaba riendo, a un viejo que acariciaba a su nieto de rubias guedejas, a una mujer que caminaba grávida con el fruto sagrado en el vientre, esos buitres, no pueden llevar en las alas más que una cruz, si esa cruz quiere decir dios, y en nombre de él exterminar a los que no quieren más divinidad que la tierra madre. ¡Malditos seáis, pajaros carniceros que en vuestro odio insaciable vais más allá del Némesis, pues no os contentais con matar, más no dejáis nacer y desventráis las madres antes de serlo en vuestro afán de venganza.



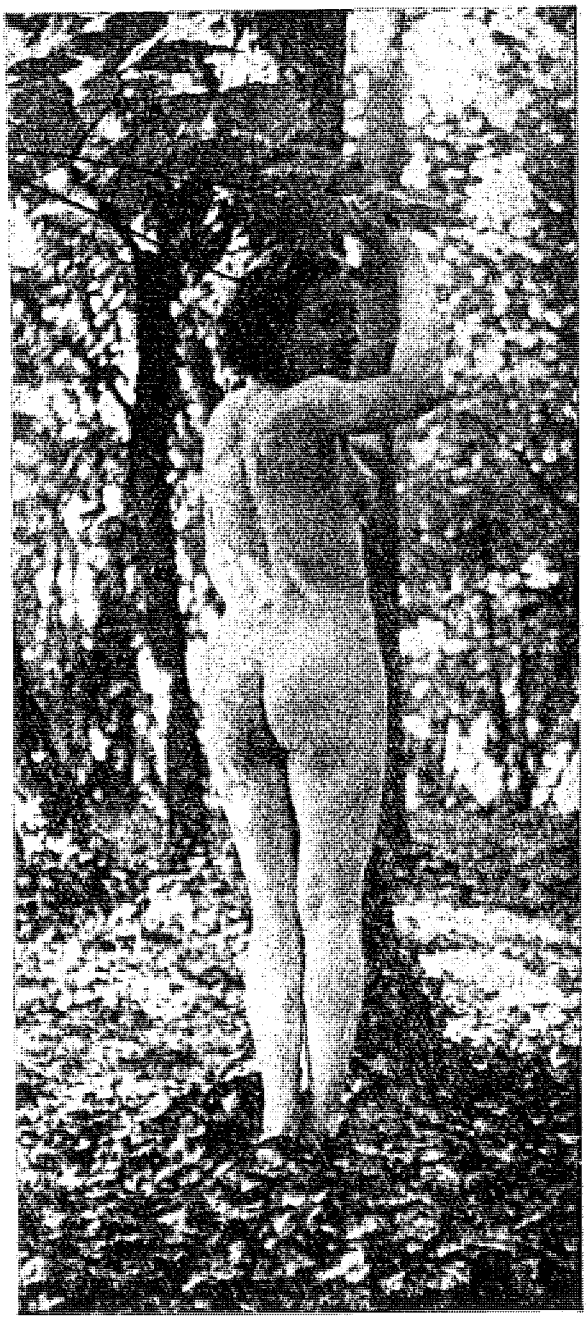
Oid, salvajes: cuando lo hayáis destruido todo, cuando en la



tierra no quede ni el aliento de un ser humano, cuando en los campos no haya más que cruces negras, allá en lo alto de una cumbre, brotará una florecilla, y la Naturaleza volverá a reír, volverá a gozar, volverá a vivir, queráis o no queráis, que ella es eterna.

Yo no sé, yo no acierto a comprender a qué aspira el hombre. No veo a dónde va. No descubro lo qué se propone. Pero, ¿y él lo sabe? No. Es un ciego que va dando tumbos por el mundo como un trompo loco. "¡Menos horas! ¡Más jornal!", grita braceando desesperado. Y no cae en la cuenta, el infeliz, de que antes de que él gritara esto, hubo unos hombres en la tierra que no tuvieron horas ni jornal alguno. Que vivieron, que gozaron y que fueron un trozo más de esa belleza, de esa armonía natural que el Cosmos nos ofrece.

Eso fué en otros días. Días de burdo salvajismo, dicen. Poco a poco el mundo se ha ido civilizando, pero esta civilización —¡absurdo de los absurdos!— no ha sido para perfeccionar y hacer más sabrosos los dones naturales que el hombre encontró en la tierra, sino para perseguirlos, para podar sus manifestaciones eufóricas y acorralarlas como si fueran bestias dañinas. Esa es la obra del dios que crearon los hombres. Esa su doctrina. Esos sus dogmas. De ahí surgen las opresiones; de

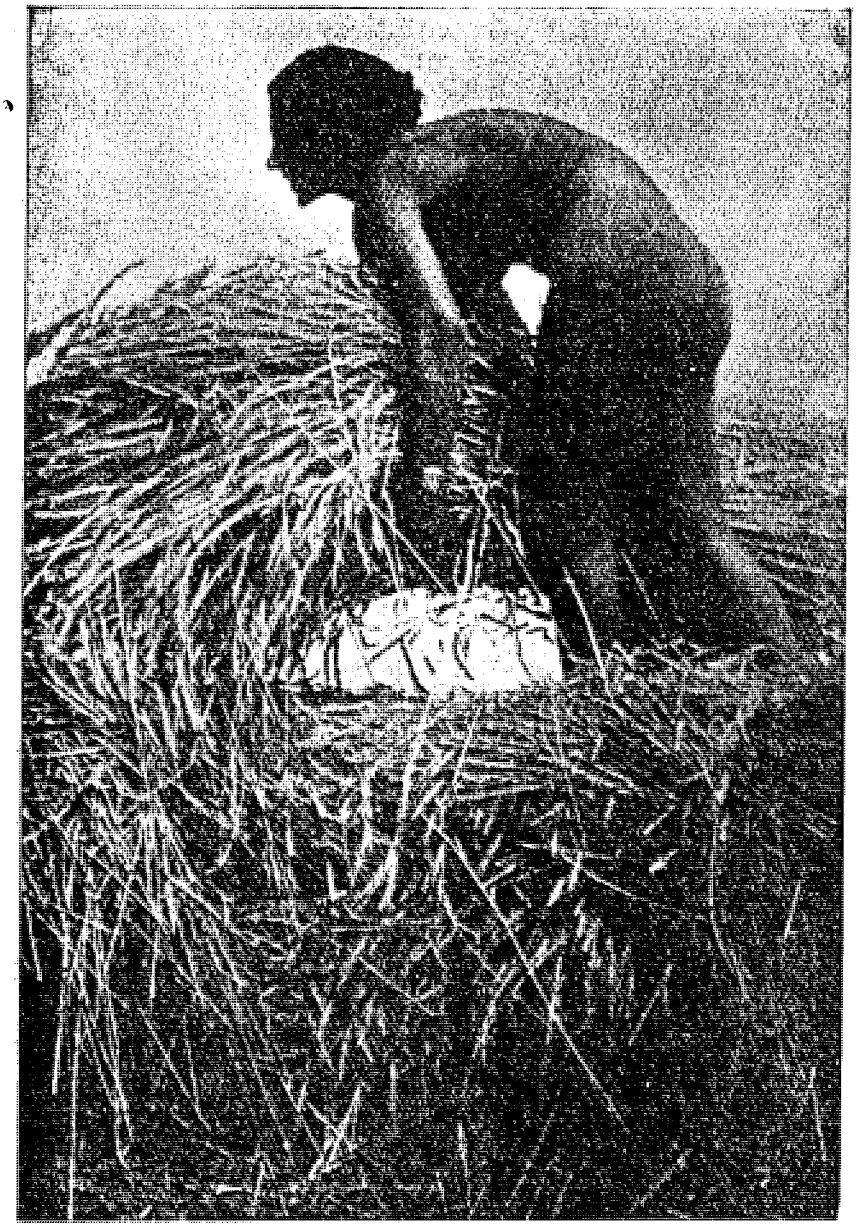


ahí las guerras, de ahí los odios todos.

* * *

La naturaleza es veraz, es lenta, es apacible, es constante. Si se renueva es sobre sí misma y para superarse. La naturaleza no da un paso atrás. Sobre una muerte, crea infinitas vidas. Construye. Labora incansable.

El hombre es veleidoso, inquieto, tornadizo, trepidante. Corre como un loco. Lleva prisa. mucha prisa. Inventa trenes para recorrer el mundo a velocidades vertiginosas. Navega, vuela, se mecaniza. Pierde el sentido del ritmo y se entrega a una vorágine de la velocidad, que alcanza ya los estratos del vértigo.



¿Por qué corre? No lo sabe. Le han dicho que la civilización consiste en eso, en correr y se lanza al espacio como si fuera un bólido, sin sentido humano, sin éxtasis racional. Un día, tras tanto correr, se sentará en un remanso umbroso, verá una flor y no sabrá lo qué es aquello; oirá la canción de un arroyuelo y se le antojará un ruido molesto; escuchará el rumoreo de la fronda y se le saltarán los nervios.

¿Y a eso hemos dado el nombre de civilización? ¡Eso es la carrera de las antorchas del salvajismo! ¿Cómo iba a ser civilización la torpe salacidad de destruir cuanto haya de bello en el mundo?

Escucha, hombre: ¿por qué no haces un alto en tu carrera? ¿Por qué no frenas un momento ese lanzamiento hacia lo desconocido y te preguntas a ti mismo por qué corres? Te quedarías atónito al descubrir que no lo sabes, que pierdes el tiempo y que, lejos de avanzar, como tú crees, vas dándole vueltas a una noria monumental de la que no eres más que el rucio con los ojos vendados. ¡Quítate esa venda! ¡Mírate a ti mismo! ¡Conócete!

Yo no te digo que renuncies a nada ni a artificio alguno, si ese es tu gusto. Lo que sí te digo es que quieras saber lo qué haces y por qué lo haces.

¿Deseas civilizarte? Bien, no hay inconveniente, civilízate, pero define ante todo tu tipo de civilización. Pregúntate si civilizar quiere decir gozar o sufrir. No compliques más la pregunta. Con que sepas contestar ésta, habrás llegado al cabo de tu calle, no al fondo del callejón sin salida en que ahora te encuentras.

¿Qué problemas son los tuyos, hombre, que de tal manera ensombrecen tu mente? ¿Cómo quieres hablar de civilización, que quiere decir deificación del hombre, si toleras dictadores que hacen de ti un rebaño y te lanzan sobre otros rebaños sin que ni unos ni otros sepáis por qué matáis o por qué os dejáis matar?

¿A qué esperas para acabar de una vez con tanto absurdo? ¿Es que no te das cuenta de quién es y dónde está tu adversario? Si eres civilizado, si eres europeo y, por lo tanto, exponente máximo de esta civilización, ¿cómo se comprende que aceptes resignado el trallazo de media docena de anormales que tratan de asolar el mundo con sus locuras imperialistas? ¿Por qué te resignas, por qué te

doblas, por qué te arrodillas, hombre, al sentir el zurriagazo sobre tus lomos? En qué quedamos: ¿eres un dios o eres una bestia? ¡Yérguete! ¡Plántale cara al domador! Escupele con los labios, con los ojos y con los puños el grito de los insumisos: ¡Siervos, no!

Y cuando ya no pegue, cuando el látigo le tiemble en la mano por la fiereza de tu mirada y escuche, atónito, ante tu hombría, dile:

Quiero la vida, y eso que tú me das con tus gestas imbéciles, es la muerte.

Quiero gozar en la tierra, y eso que tú inoculas en mi sangre en nombre de no sé qué patria, es el veneno del dolor.

Quiero amar a mis hermanos, y eso que tú me das, es para matarlos.

Quiero volar para soñar y esas alas de acero que tú ensartas en mis espaldas, son para que nadie pueda soñar ya en el mundo.

Quiero la luz del sol, y esa que tú proyectas en mis ojos y en mi corazón es la de las llamas de los hogares destruidos.

Quiero que mi patria sea un árbol, un surco, un libro y una paloma, y esa que tú me das es un campo de bayonetas y cañones.

Quiero el deleite del trabajo, y ese que tú me impones es peor que el de los forzados de galeras.

Quiero ir a ver a mis camaradas de otras tierras con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios, y tú me mandas allí con la dinamita por heraldo.

Quiero ser quien mande en mí, y tú me pones grillos para que te obedezca a ti.

Quiero ser libre, No quiero ser siervo.

Y cuando le hayas dicho esto, si trata de levantar de nuevo el látigo, no sueltes la escopeta que él **te dió, camarada**, no la sueltes. Monta el gatillo, encañónale y dispara. Dispara sin miedo, sin temor, sin piedad, porque lo que eliminarás, no será un hombre si no una bestia carnicera dispuesta a devorarte.

¡Haz la guerra de una vez, hombre, pero hazla bien para que sea la última! ¡Juégatelo todo en ella, pero gánalo también todo al adjudicarte la victoria, si ésta te es propicia!

¡Mata todos los lobos! ¡Destroza todas las hienas! ¡No dejes más que los hombres sobre la tierra, camarada!

Y cuando estemos ya solos, cuando los hombres podamos mirarnos sin temor y sin rencor, no hables más de guerras. ¡Rompe entonces las armas y niégate a producirlas! ¡Rasga todas las banderas! ¡Echa abajo todos los dioses y entrégate a las delicias del vivir, ya que nunca lo hiciste!

Mira la naturaleza, ahora que llega la Primavera. Ahí la tienes lozana y fresca. Embriágate con sus fragancias. Deléitate con sus colores. Entrégate a ella en cuerpo y alma. ¡Adórala! ¡Sí, sí, adórala de rodillas, con el sol en los ojos y la oración en los labios! ¡Ella es tu Dios, porque, dándotelo todo, no ¡Ella es tu Dios, porque, dándoteo todo, no es tu tirano! ¡Ella es tu Dios porque en su vientre sagrado se engendra la vida y se renueva la muerte! ¡Ella es tu Dios, porque no tiene templos ni mercaderes que los exploten! ¡Ella es tu Dios, porque es Eterna, Humana, Generosa, Alegre y principio y fin de todas las cosas!

Laura BRUNET

LA DEMOCRACIA

¡Qué cuadro más sorprendente, más sublime y más bello aquel que representase gráficamente los esfuerzos realizados por los precursores de las revoluciones! ¡Qué serie incesante de rebeldes contracciones nos ofrecen con su ejemplo los campesinos y los hombres de acción de la burguesía! ¡Qué lucha perseverante, tenaz, incansable, la sostenida por los republicanos después de la restauración de los borbones! ¡Qué actividad indomable la desplegada por las sociedades secretas durante el reinado del acochinado Luis Felipe! ¡Cuántos nobles semblantes se levantarán ante el socialismo moderno al estudiar estos dramas! ¡Cuánto sacrificio, cuánta y cuán sublime abnegación y, al mismo tiempo, qué de lecciones revolucionarias, no teóricas si no prácticas, se desprenderán de estos hechos! ¡Cuántos y cuán bellos ejemplos a imitar!...

Pedro KROPOTKINE

NOTAS DE REDACCIÓN

Este número cierra el primer tomo de nuestra publicación y sus doce números son considerados, a los efectos de la suscripción, como un año completo. Deben, pues, renovar sus suscripciones los que deseen continuar en nuestras listas.

* * *

A cuantos amigos nos escriben incitándonos a que nos organicemos en partido de lucha y fundemos Ateneos y núcleos para la propaganda de nuestros ideales, hemos de decirles que este no es momento propicio para lanzarnos a la arena. Hay que ganar la guerra antes. Después se hará lo que las circunstancias aconsejen.

* * *

Damos completo en el presente número el "Diálogo del pan y de su conquista" que, por su extensión requería ser publicado en dos números. No obstante, se exponen en este diálogo tan jugosas teorías con referencia a cuanto está ocurriendo en la actualidad que hemos decidido sacrificar otros trabajos de publicación menos perentoria para deleitar a nuestros lectores con los razonamientos de nuestro admirado "Epicuro, el joven".



Lo que podría ser un Estado Biófilo

El carnet individual



Preciso será que dediquemos especial atención al estudio del Carnet Biófilo, por ser este documento la base fundamental en que descansa el maquinismo de nuestro régimen. Todo, en una comunidad biófila, gira alrededor del carnet individual; nada escapa a su acción ordenadora. El abre y cierra todas las puertas en la vida de relación.

A fuer de hombres libres, hemos de confesar que, al crearlo, al darle forma, al advertir la enorme eficacia de sus invisibles tentáculos, nuestra propia mente lo ha repudiado más de una vez.

Días, meses, años, hemos puesto, al servicio de esta obra, toda nuestra atención, todas nuestras vehemencias libertarias para dar con algún resorte que, sin la terrible rigidez del Carnet, nos permitiera establecer una armonía de conjunto entre el goce de los derechos otorgados al individuo en una sociedad biófila y el cumplimiento de los deberes que aquellos derechos exigen. Es tan libre, tan dueño de sí mismo el ciudadano biófilo, que, para el ejercicio en común de esa libertad, se hace indispensable un elemento de fricción que regule los movimientos del mecanismo para que la comunidad no se vea defraudada

ni desbordada por las ambiciones y por las indolencias individuales.

Nuestras pupilas se han cansado buscando en constituciones antiguas y modernas, en usos y costumbres de las más diversas civilizaciones, ese elemento regulador, fiscalizador y estimulante a un tiempo, que nos era necesario para que, sin coacción extra-individual, ejerciera las funciones moderadoras indispensables en la vida social de los seres humanos.

Siempre y en todas parte, hemos tropezado con la fuerza, con la opresión para llenar este cometido. Y nosotros, en nuestras comunidades, no admitimos fuerza ni coacción alguna sobre el individuo. Al anunciarse el establecimiento de la nueva Constitución de la U. R. S. S. redactada en un sentido democrático, se nos abrió el corazón a la esperanza. Quizá allí encontraríamos algo que nos orientara. Al hojearla, se nos cayó de las manos. También, allí, la fuerza lo ordena todo y más que, de unas normas fundamentales de una sociedad libre, su letra y su espíritu dan la sensación de una cartilla cuartelera.

Nosotros sabemos que el hombre no es puro, que es el único animal que va contra sí mismo, pero entendemos que con el látigo no se le librará nunca del salvajismo que le es propio. Se le atemorizará, se le acobardará, pero no se le reformará, ni se le educará ni se le responsabilizará.

Y si esta es nuestra convicción, si, humanamente reconocemos que el hombre no es perfecto, ¿cómo salir al paso de sus imperfecciones sin una coacción que actúe en él de dique y canalice sus desvíos y sus pasiones? Y, por otra parte, ¿cómo establecer este elemento coactivo en una comunidad que no tiene más aspiraciones ni otra preocupación que la de que sean libres y vivan felices sus componentes? En los estratos inconcretos de los idealismos, nuestra mente descubría infinitas luces y destellos propicios a la resolución del problema, pero estos luceros tentadores, estas estrellitas diamantinas que parpadeando en los cielos de la generosidad llenaban nuestro corazón de resplandecientes optimismos, al tenerlas en la mano para convertirlas en realidades, escapaban impalpables de nuestros dedos para volver a las alturas de la utopía o se desvanecían como los sueños al abrir los ojos a la luz de la verdad.

Todas nuestras **teorías biófilas**, parten de un punto: la divinidad y la intangibilidad del hombre. Nada ni nadie, en la tierra, vale más que él ni está por encima de él. La libertad y la felicidad de los pueblos no pueden existir si no nacen en el individuo. El lo es todo y a él debe sacrificarse y someterse todo. ¿Cómo, pues, ponerle leyes coactivas a ese Dios que habíamos estructurado? ¿Desde qué Olimpo íbamos a promulgarlas si encima de él no hay cresta alguna desde donde lanzarlas?

Hace más de cuarenta siglos que se pretende acabar con el delito alzando ante el hombre la ejemplaridad del castigo. El resultado obtenido con tales procedimientos, ha sido, más que nulo, invertido. El castigo, la coacción, la amenaza, la ley, las penas temporales y aun las eternas, lejos de debilitar la delincuencia, la han robustecido. Sin temor a ser rectificados podemos afirmar que, en nuestros días, la nación más civilizada, aquella en que los hombres estén más capacitados para el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes, no podría dividir su censo en dos mitades iguales para colocar a un lado los delincuentes y al otro los fieles observadores de la ley. Y es que, en realidad, se ha legislado tanto, se ha pretendido alambicar tanto las funciones coactivas de las humanas expansiones, que puede decirse que no es ya posible vivir dentro de la ley si se tiene cerebro, estómago, corazón y sexo. Y el ser humano los tiene y ha de obedecer, quiera o no quiera, sus imperativos.

La falta de ejemplaridad de los diversos sistemas penales puestos en juego por todos los regímenes es evidente y brota siempre de la misma fuente: del error de los penalistas que, al establecer los códigos, lo han hecho en toda ocasión contra algo, para reprimir algo, sin tener en cuenta las matizaciones y la vida insoslayable de los procesos orgánicos del invididuo. Y lo más recusable, lo más inhumano, es ese afán desmedido que absorbe al legislador de castigar con la ley, que no es lo mismo que corregir con el ejemplo. Con decir que en las sociedades actuales el representante de esa ley es el filcal, es decir, el que acusa y penaliza, quedará esbozado el perfil bilioso, vengativo, cruel de la administración de justicia. La comunidad, la sociedad, el Estado, nunca defiende; siempre acusa. Y no solamente acusa, si no que condena a hombres que sabe que si han delinquido, es porque, para vivir, no tenían más remedio que hacerlo. De manera que, de acuerdo con esta concepción, el derecho instintivo a defender la propia vida, es una transgresión a la ley. Los perros no han llegado todavía a admitir esta teoría y cuando no se les da de comer, lo toman.

Pero lo asombroso, lo desconcertante para nuestra mentalidad un tanto infantil en estos aspectos, es que mientras veíamos que al hambriento que tomaba un pan para él o para sus hijos famélicos o al infeliz dependiente que se llevaba un duro del cajón de la tienda para atender misérrimamente a una tragedia de su hogar, la ley los encarcelaba; en cambio, esa misma ley, injusta, irritante, se mostraba ausente o aparecía comprensiva ante el hecho de un banquero en quiebra premeditada para el

fraude que sumía en la miseria millares de ciudadanos, ante un cacique insaciable que depauperaba los moradores de regiones enteras, ante un político logrero que se enriquecía a costa de la nación, ante un señorito vago que defraudaba a la sociedad con su indolencia, ante un cura haragán que había de alimentarse y que se alimentaba y regodeaba con el sudor y la sangre de los parias productores.

Y era entonces, por contraste ante tales injusticias, que advertíamos la imposibilidad de que existiera ejemplaridad en la ley, porque esa se apartaba de su esencia: la justicia. Y cuando en la ley no hay justicia, lejos de actuar de moderadora de los instintos, los estimula, los aviva, los acucia y produce entre los ciudadanos la viveza ratonil para burlarla o el noble gesto de la rebeldía para no acatarla.

Y para nosotros, que hemos vivido siempre en abierta rebeldía con las leyes que no están de acuerdo con los apremios fisiológicos de la humana criatura, resultaba de una violencia casi insuperable ir en busca de una pieza de ajuste que evitara los desbordamientos de lo que no son ya apremios orgánicos, sino exacerbaciones morbosas que tienden a la bestialidad.

Por fin, a la vuelta de ensayos y más ensayos, vinimos a dar con la tabla salvadora que es el Carnet Biófilo. El nos proporcionaba la libertad casi anárquica de dejar al individuo sin coacción legal alguna al propio tiempo que le obligaba a responsabilizar sus propios actos. El acusador, el fiscal, no sería la nación; el mantenimiento del orden no incumbiría a un cuerpo coactivo; la ejemplaridad correccional no recaería en la ley. El delincuente sería su propio acusador y sus actos se harían justicia a sí mismos.

Al dar con estas premisas, nuestras convicciones libertarias cedieron paso a la razón y por ello nos fué posible abordar la creación del Carnet Biófilo, aun considerando que forjábamos una espada mucho más angustiosa para el ciudadano inadaptado que la legendaria de Damocles.

Ni ha existido ni existe en el mundo código más implacable que nuestro carnet. Pero, si es implacable con el delincuente contumaz, no es menos generoso para el caído ocasionalmente. Como ley, cumple la misión que se ha propuesto: la ejemplaridad, que es lo único que se han de proponer las leyes y que, no obstante, hasta hoy no ha podido lograr legislación alguna.

Los principios ácratas puros, se basan para su implantación en una supuesta bondad de intención en el individuo. Una sociedad anarquista requiere una capacitación individual absoluta y cada uno de sus componentes ha de cumplir sus deberes por convicción. A individuo perfecto, sociedad perfecta también. Los biófilos, que no ignoramos que los pícaros y los holgazanes forman legión en las organizaciones sociales, no nos preocupamos por esta sanidad de intención voluntaria en el individuo. La comunidad se limita a establecer las fronteras entre lo que le es conveniente y lo que la daña y, quieran o no quieran, obliga a ser buenos y útiles a los individuos que la componen, porque, de sus propias acciones, depende el derecho de convivencia en su seno.

Los antifaces, las supercherías, los excesos de ingenio, no son posibles en una organización biófila. El carnet es el espejo limpio en que van quedando reflejadas todas las facetas de la vida del individuo. Es la lupa que lo descubre todo; el microscopio que todo lo analiza; el tamiz que todo lo criba. En una palabra: es el alma misma del individuo acusada sobre el papel con perfiles inconfundibles.

Tal será la eficiencia coactiva de este carnet, tal su profundidad ejemplar, que en una comunidad biófila, apenas sin ley, sin policía y sin ejército, no halla ambiente la delincuencia para desarrollarse. Tomen nota de ello los ácratas que, al tratar de llevar a la práctica sus postulados, tropezaban siempre con la maldad de los hombres como escollo insuperable. Aquí esta maldad, no cuenta. El carnet le sale siempre al paso y no la deja medrar. Es la raíz de la yedra enroscada a la del rosal que neutraliza todos sus intentos de desarrollo.

Y no se crea que esta ley, esta justicia inexorable que el individuo se hace a sí mismo, pueda ser fácilmente burlada. En una sociedad biófila, sin carnet no se puede siquiera respirar. Para todo le es necesario al ciudadano, no ya en la vida pública, más en su vegetar cotidiano.

Cuando el niño nace lleva ya su carnet bajo el brazo y no llega a la vida civil hasta que lo llena con sus nombres y fecha de nacimiento. Le es luego indispensable para ser admitido en las guarderías y gimnasios infantiles; para matricularse en las escuelas primarias; para cursar estudios o disciplinas superiores; para ingresar en la ciudadanía y gozar de sus derechos cívicos; para iniciar un aprendizaje o para solicitar ocupación; para requerir los servicios médicos; para tomar vivienda; para alistarse en un club científico, deportivo o recreativo; para justificar su personalidad en cualquier oficina pública y aun para entrar en relaciones con la compañera por él escogida. Siempre el carnet será su avalador o su fiscal. Hasta para morir necesitará el carnet que, desaparecerá con él o quedará como recuerdo vivo para sus herederos salvándoles del desamparo, de la ruina y de la miseria.

Para el náufrago que se ahogara en el mar implacable de su propia delincuencia, quedaría un recurso: falsificar el carnet; cambiarlo por otro. Imposible. Las hojas van contras-

tadas en sello seco, unas con otras; en la contra-cubierta se ha de fijar cada cinco años una fotografía del interesado y al cumplir los veinte y obtener el ingreso en la ciudadanía, ha de estampar en el lugar indicado sus impresiones digitales. Al ciudadano biófilo, no le queda más camino que vivir de acuerdo con la ley común, suicidarse o expatriarse. De ahí que esa ley deba ser amplia, generosa y comprensiva y de ahí también que una sociedad biófila deba hacer del hombre un Dios inviolable e intangible en sus derechos. De no ser así, de adoptarse nuestro carnet por cualquier sociedad de las que hoy rigen el mundo, sería ello un crimen de lesa humanidad y un escarnio a nuestros honestos propósitos. ¡Nadie se atreva con nuestro carnet si no es biófilo! ¡Nadie lo mueva con fines exclusivamente coactivos, que no fué ideado para encadenar al hombre, sino para libertarlo! Si se quieren obtener sus beneficios, otórguensele también al ser humano los que él le concede.

Ved, todavía, los infinitos servicios que este Carnet puede prestar a la sociedad:

Un mal productor, un parásito inadaptable, no hallará más medio de vivir que aquel que le señalen las organizaciones sociales para hacer de él un hombre útil.

Un enfermo no podrá casarse porque los padres de la muchacha, ella misma y en último término las autoridades sanitarias se atendrán, no a sus palabras, sino a la página médica de su carnet y a sus diagnósticos.

Un estafador no podrá alternar con gente honrada.

Una mujer podrá ejercer la prostitución, pero, además, habrá de trabajar seis horas diarias hasta cumplir su ciclo laborioso. Lo mismo les ocurrirá a los rufianes, a las proxenetas, a los curas, a los señoritos y a toda el hampa parasitaria que envenena hoy las sociedades, precisamente para no hacer lo que les obligará a realizar una comunidad biófila: trabajar, producir, dar a la sociedad el producto que les corresponda. Y ya se nos dirá qué aliciente, qué atracción encontrarán estos maleantes en sus "profesiones", situadas al margen de la ley, si otra ley, que es la del derecho a vivir, les obliga a rendir el tributo de productor a que están sometidos los demás ciudadanos que viven en paz y armonía con la ley.

Eternamente, los gobernantes, ya de tipo demócrata o dictatorial, han dedicado todas sus energas a perseguir la delincuencia y las desviaciones sociales. La comunidad biófila, **no persigue nada; no crea organismos para la abolición de una lacra, o para la represión de una tendencia morbosa.** Deja que el ciudadano haga de su cuerpo lo que quiera, sin límites, sin restricciones, pero le advierte que dentro de la ley común se está mejor que fuera de ella y espera a que él mimo construya la argolla que le obligue a recurrir a la sociedad en demanda de auxilio. Y llegado este caso, la sociedad no le castiga por sus torpezas: le auxilia, lo regenera y le obliga a devolverle lo que le ha quitado.

No se asusten, pues, los hombres de esencias libertarias ante la fría rigidez de nuestro Carnet Biófilo; debajo de esta losa hay el corazón del pueblo y, llegado el momento, cae aquélla hecha añicos al impulso de los latidos generosos de éste. En el templo de la justicia biófila no cabrá la frase clásica: "Dura lex, sed lex." Podrá ponerse esta otra: "Debajo de la ley hay un corazón: el del pueblo."

Palabras de un rebelde

EL BURGUES

Hojeando la historia del régimen representativo, su génesis y el proceso de su degeneración a medida que se desarrollaba el Estado, nos convenceremos de que su misión ha terminado y que, por consecuencia, debe ceder paso a otra forma de organización política.

No nos remontemos a muy lejanas épocas: partamos del siglo XII y de la independencia de los municipios.

En el seno de la sociedad feudal se producía en aquellos momentos un gran movimiento liberador o libertario. Las poblaciones se emancipaban del señor; sus moradores se agrupaban para la defensa mutua y se proclamaban independientes detrás de las murallas. Protegidos por éstas, se organizaban para la producción y el intercambio, para fortalecer la industria y difundir el comercio. Fué entonces cuando surgieron las ciudades que, durante tres o cuatro siglos, sirvieron de refugio al trabajo libre, a las artes, a las ciencias y fueron la base de esta civilización que ha llegado glorificada hasta nuestros días.

Esa aurora de libertad, lejos de ser de origen romano, como lo han pretendido Raynonard y Lebas en Francia, seguidos por Guizot y en parte por Thierry, Eichhorn, Gaupp y Savigny en Alemania; lejos también de ser de origen germánico, como lo afirma la brillante escuela de los "germanistas", la autonomía de los municipios, el grito de libertad del Renacimiento, fué un producto natural de la Edad Media en sus postrimerías y de la fuerza creciente de los arrabales menestrales de las ciudades como foco de comercio y de industria. Por esta razón, simultáneamente en Italia, en Flandes, en los países galos como en los germánicos, en el mundo escandinavo igual que en el eslavo, en donde la influencia romana no podía existir y la germánica era casi nula, vemos afirmarse en la misma época, es decir, entre los siglos XI y XII, esas

ciudades agitadas e independientes durante tres o cuatro siglos, que vinieron a ser más tarde los cimientos constitutivos de los estados modernos.

Las conjuraciones burguesas promovidas para defenderse y para crear en el interior una organización independiente del señor temporal, del poder eclesiástico y aun de la "protección" real, hicieron florecer muy pronto, dentro del recinto de sus murallas, a las ciudades libres; y no se limitaban los burgueses, menestrales y artesanos a sustituir al señor en el dominio de las pequeñas poblaciones, si no que llevaban a todas partes sus hálitos de libertad, de insumisión, de rebeldía. Pronto los aldeanos gritaron: "Nosotros somos hombres como ellos", refiriéndose a los habitantes de las ciudades y esta expresión tan humana, tan rebelde en aquellos días, nos demuestra el paso que los siervos estaban dando para emanciparse de la esclavitud.

Como "asilos abiertos para la vida del trabajo", las ciudades libres se organizaban en el interior a manera de ligas (brazos, comuneros, germanías, artesanados) formando corporaciones independientes entre sí. Cada corporación tenía su jurisdición, su administración, su milicia y, en sus asuntos propios, cada una se arreglaba como mejor entendía, no sólo en lo referente al comercio sino en todo lo concerniente a las diversas ramas de su actividad y en todo cuanto el Estado se atribuyó más tarde: instrucción, medidas sanitarias, infracción de las costumbres (divididas en buenas y malas), cuestiones penales y civiles, defensa militar, etc., etc.

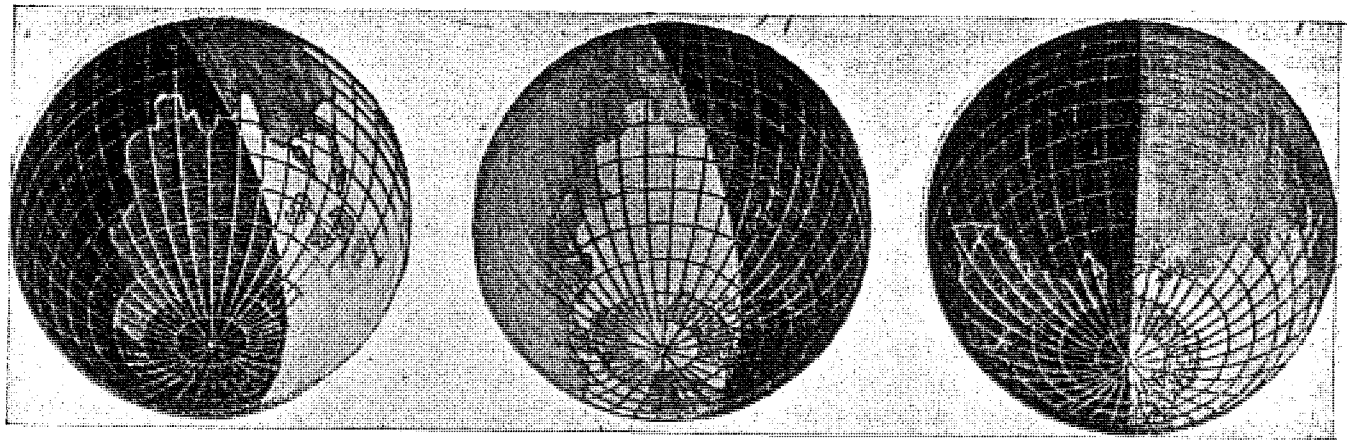
Organismos políticos, al mismo tiempo que industriales y comerciales, las corporaciones se unían en un ramillete común que era el "forum"; el pueblo se reunía convocado por las campanas de la torre o el vigía de la atalaya en los momentos solemnes o de peligro, ya para fallar los litigios entre las corporaciones, para decidir los conflictos concernientes a toda la ciudad o bien para ponerse de acuerdo sobre las grandes empresas comunales que requerían, por su trascendencia, el concurso de todos los habitantes.

En los municipios, sobre todo en las iniciaciones de esta época revolucionaria, no se encuentra ni vestigio siquiera de gobierno representativo. La calle, la sección, el brazo, toda la corporación o la ciudad en masa, tomaban las decisiones, no por la fuerza de la mayoría, sino discutiendo a puerta libre hasta que los partidarios de una de las dos o más opiniones, terminaban aceptando de grado, aunque solo fuera como ensayo, la opinión más sólida y defendida por los más o por los mejores. ¿Llegaban cordialmente a un acuerdo? La contestación la encontramos en sus obras, que no podemos menos que admirar. Todo cuanto ha llegado de hermoso hasta nosotros desde el final de la Edad Media, es obra de esas ciudades, de esos burgueses, de esos artesanos. Sus monumentos de piedra labrada, nos cuentan la historia y las aspiraciones de esas comunidades civiles libres; toda la obra de esas corporaciones laboriosas, proletarias, son inspiradas por la piedad, el amor, el arte y veneración hacia su ciudad.

A las ciudades libres debemos el renacimiento de las artes; a las agrupaciones burguesas de comerciantes que equipaban caravanas y flotas, debemos el desarrollo del comercio que produjo las relaciones asiáticas y los portentosos descubrimientos marítimos y a las corporaciones industriales de aquella época, neciamente difamada por la ignorancia y el egoísmo, corresponde la creación de casi todas las artes industriales de las que hoy nos beneficiamos y vivimos.

Pedro KROPOTKINE





Maravillas de la Creación

Nuestro planeta

I

Cuando hace quince siglos enseñaba a sus contemporáneos el autor de "La Ciudad de Dios" que la Tierra se balancea en el espacio, no podía sospechar cuanto trabajo había de costarles a los futuros astrónomos el demostrar esta verdad.

Ahora nos encontramos en el mismo caso, para probar que el Globo terrestre se parece a una verdadera pompa de jabón, buscando su equilibrio sin cesar y oscilando al menor soplo.

El descubrimiento de sus movimientos está ligado a la historia de la Astronomía y no podéis imaginaros el trabajo, las experiencias y los cálculos que ha costado el llegar a enseñaros los diversos movimientos que experimentáis mientras cómodamente sentados en una butaca, junto a la estufa, recorréis curiosamente estas páginas.

Situada, aproximadamente, a 749.495.000 kilómetros de nuestro sol, la bola que nos lleva, describe alrededor de ese astro un camino casi circular.

Si todos los días del año examináis con una lente el disco solar, no tardaréis en notar que su tamaño experimenta en apariencia variaciones regulares. Según la estación parece más o menos grande: esto prueba el que estamos unas veces más lejos y otras más cerca de esa enorme fuente de calor. He aquí por qué hablaba yo antes de un camino "casi" circular.

Clavad dos alfileres sobre un cartón blanco a una distancia uno de otro de cinco a seis centímetros; unidlos por medio de un hilo, no tenso, de diez a doce centímetros y luego, con ayuda de un lápiz finamente aguzado, poned tenso el hilo y trazad una curva. De este modo obstendréis una imagen de la ruta seguida por la Tierra y los planetas alrededor del Sol: es una "elipse".

El procedimiento que acabo de indicaros no es de mi invención y no data de ayer; hace un tiempo inmemorial que es empleado por nuestros jardineros para trazar los óvalos de sus parterres.

Cuando quieren obtener elipses muy alargadas, separan las agujas y estrechan el cordón que las une.

¿Necesitan obtener una elipse casi circular? Aproximan inmediatamente los dos bastoncillos y la elipse afecta una forma menos "excéntrica", para emplear la expresión de los geómetras.

Y siguiendo siempre el mismo estilo, los bastoncillos o las agujas que hayan servido para trazar la curva, determinan los "focos" de la elipse.

Coloquemos en uno de esos focos una naranja, que representará el Sol, y sobre la pista elíptica lanzad una bolita de las que emplean los niños para jugar; he aquí la imagen de la Tierra cumpliendo su órbita en 365 días -- cuarto, aproximadamente.

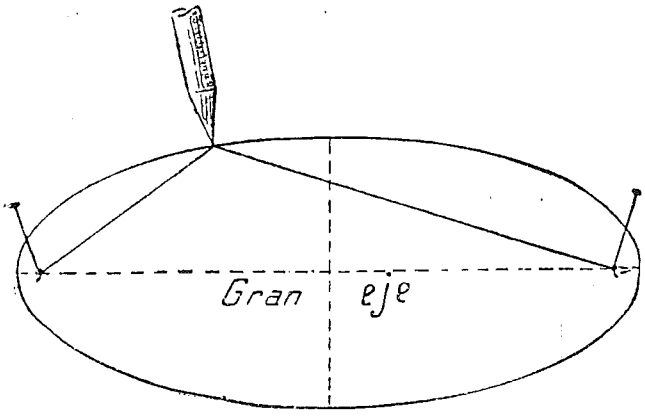
De extremo a extremo del año , la Tierra gira en torno del Sol sin tregua ni descanso, marchando con tanta más velocidad cuanto más cerca está de su foco. Durante ese trayecto anual de 936 millones de kilómetros, no corre, vuela, hiende el espacio como un verdadero obús; más veloz aun, puesto que avanza a la velocidad de 29 kilómetros 670 metros por segundo.

Mientras que un despacho telegráfico de la Luna llegaría a nosotros en menos de dos segundos, ¿sabéis cuánto tiemno necesitaría la corriente eléctrica para recorrer la pista terrestre?

Imaginémonos un hilo telegráfico que figure nuestra órbita; un empleado lanza su despacho que debe recibir a su regreso en el aparato colocado a su lado. Antes de que la aguja del receptor indique que la corriente ha recorrido los 936 millones de kilómetros

de la órbita descrita por la Tiera, nuestro empleado puede irse a almorzar; tiene exactamente 51 minutos de tiempo. Estas cifras, como puede comprenderse son espantosas; sin embargo, no son nada en comparación de las que nos reserva el estudio del mundo estelar.

Henos, pues, así, llevados por el cielo a esa velocidad de 29 kilómetros por segundo;



Dos alfileres fijados sobre un cartón y un hilo en tensión por medio de un lápiz, nos permiten trazar una elipse

¡pues bien!, esto no es más que un primer movimiento.

Mientras que la Tierra realiza este gran viaje de un año, gira 365 veces sobre sí misma como una peonza, presentando de este modo alternativamente todos sus puntos hacia el Sol, y es este segundo movimiento el que nos da la sucesión del día y de la noche.

Como la Tierra tan pronto está más cerca como más lejos del Sol, podríais imaginaros que esta circunstancia explica naturalmente los calores del verano y los fríos del invierno.

Pero no es así, y la mejor prueba en contrario, es que el Sol está menos alejado de nuestras regiones en invierno que en verano. Mientras que el astro del día, a fines de junio se encuentra a 152 millones de kilómetros de la Tierra, esa distancia desciende a 147 millones en fin de diciembre, o sea una diferencia de cinco millones de kilómetros en números redondos.

Esta débil variación, que es completamente ventajosa para el hemisferio austral, en el que las estaciones están invertidas en relación con las nuestras, es después de todo insignificante.

Existe, pues, otra causa, y esta causa reside en la altura más o menos grande del Sol por encima de nuestro horizonte.

Una ligera disquisición y lo comprenderéis.

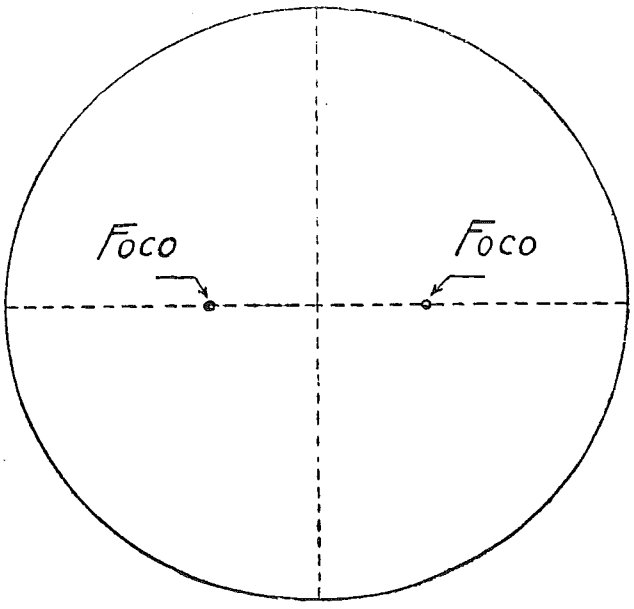
Tomemos una peonza, que gire sobre una mesa en torno a una lámpara baja.

Si nuestra peonza posee una gran velocidad, girará "erguida sobre su eje", es decir, verticalmente, sin inclinar ni a la derecha, ni a la izquierda.

Examinad la disposición del círculo que limita la sombra y la luz, y reconoceréis fácilmente que si la lámpara colocada bien de frente, ni demasiado alta, ni demasiado baja, el círculo de iluminación cortará la peonza en dos; pasará por la cola y por la punta de vuestro juguete, es decir, por su eje. Cada punto de la peonza dará entonces media vuelta en la sombra y media vuelta en la claridad. El planeta Júpiter se encuentra, sobre poco más o menos, en estas condiciones, hasta tal punto, que en ese mundo gigantesco las noches son iguales a los días en todas las regiones; no pueden existir las estaciones.

Pero nuestro Globo no ofrece exactamente la misma particularidad: su eje está inclinado 23 grados y medio en relación a la perpendicular al plano del camino recorrido: un mismo punto, según que la Tierra se encuentre a la izquierda o a la derecha del Sol (verano o invierno), recibe el calor y la luz del astro según inclinaciones diferentes. Ahora bien, habéis debido observar que, aun en verano, el calor varía según la altura del Sol, en cada hora del día. Un sol que sólo rasase el horizonte, como ocurre a veces en las regiones polares, no calentaría jamás la tierra que iluminase.

Esta diferencia de temperatura se ve aún acentuada por otra circunstancia. Examinan-



Curva llamada elipse, con sus dos focos

do atentamente la figura, descubriréis sin trabajo alguno que en verano un punto que gira con la Tierra permanece más largo tiempo expuesto a la luz y al calor. Los días serán, pues, más largos en verano y las noches

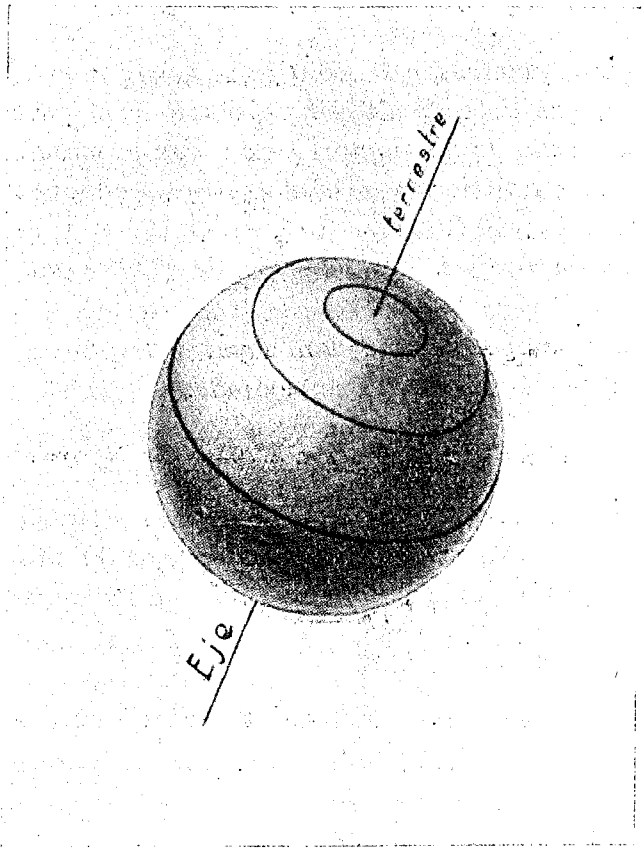


Figura de la Tierra girando alrededor de su eje y girando sobre su órbita (ruta recorrida alrededor del Sol)

más cortas; de donde, el calor recibido durante el día apenas si tendrá tiempo de disiparse durante la noche.

De aquí surgen todas las particularidades del año: estaciones, días más o menos largos, se explican fácilmente por esta comprobación de los dos primeros movimientos de nuestro Globo.

Si el primero nos lleva a la velocidad de cerca de 30 kilómetros por segundo, el segundo nos hace hacer piruetas más o menos veloces según nuestro alejamiento del eje terrestre.

En el ecuador, donde un punto de la superficie describe la mayor circunferencia en 24 horas, un objeto tendrá una velocidad de 465 metros por segundo. En París, esta velocidad no es más que de 365 metros en el mismo espacio de tiempo.

En 1909, cuando Shackleton lograba una latitud tan elevada que se acercó a sólo 165 kilómetros del polo Sur, era de todos los seres humanos el que marchaba con más lentitud: la rotación de la Tierra le hacía únicamente describir en aquel paraje apenas doce metros por segundo.

Un explorador que lograse llegar al polo, se limitaría a girar sobre sí mismo; por un instante se identificaría con el eje ideal de la Tierra: ¡suprimiría uno de nuestros movimientos perpetuos!

Al examinar las figuras precedentes, podría creerse que el eje terestre, que está inclinado en ese momento 23 grados 27 minutos y algunos segundos, mira siempre al mismo punto del cielo. Pues pien, ni aun en esa circunstancia existe el reposo. Es evidente que de un año al otro la diferencia es insignificante, pero al cabo de diez años — cien años de observaciones — se comprueba, aun sin instrumentos, que ese eje no está fijo.

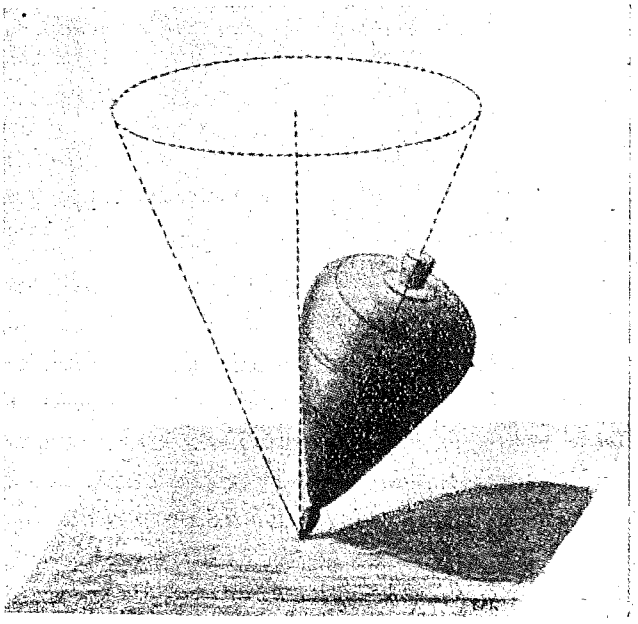
Volvamos a nuestra peonza, o mejor aun, a un "totón", simple cabecita arrancada a una cerilla: el eje será más visible.

Hagámosle girar y esperemos: en cuanto el movimento se hace más lento, el "totón" se inclina y el eje describe un cono.

El eje del globo terrestre hace lo mismo: describe en el cielo un cono inmenso en 25.818 años. De este modo, el polo celeste, que se nos indica precisamente por la prolongación del eje de la Tierra, se desplaza constantemente sobre la bóveda del cielo; hoy se encuentra cerca de la estrella polar, Alfa, de la Osa Menor, pero dentro de unos 13.000 años, poco más o menos, estará en la vecindad de la estrella más brillante de la Lira, y dentro de 25.000 años volverá a acercarse a su posición actual.

He aquí, pues, un tercer movimiento perfectamente comprobado: es debido a la acción del Sol sobre la hinchazón ecuatorial de la Tierra.

Th. MOREUX



El eje de la Tierra, como el de una peonza, describe un cono en el espacio

ácratas y los anarquistas, a partir de este momento, plantearán la contienda a sus nuevos adversarios: los mantenedores del nuevo orden, que deja ya de ser revolucionario para fortificarse en las trincheras conservadoras. Lo eterno, lo de siempre desde que el mundo es mundo: unos aferrados al presente, otros, menos prácticos y más abnegados, corriendo alucinados en pos de las quimeras, de lo inconcreto, del futuro.

—¿Y esa monstruosidad puede darse en España después de los ríos de sangre que están corriendo?

—¿Que si puede darse, dices? ¡Por los dioses, amigo, se está dando ya!

—Quizá te acerques a la verdad, pero esa injusticia habría de ser evitada.

—¿Por quién y cómo?

—¡Por todos los hombres libres!

—¡Has dicho la palabra exacta! Los hombres libres, los libertarios, podrían evitarlo decidiéndose a vivir ese período tan jugoso de la historia de la humanidad que es el presente. Eso es lo que tratamos de hacer los biófilos-libertarios: poner en pie las conquistas realizadas en cada etapa, afianzarlas y no dar un paso atrás.

—En ese caso, ¿en qué quedaríamos los anarquistas?

—En lo mismo que han quedado y quedarán siempre: en anarquistas, en fulminante de la nueva revolución que, liquidada la última, prepararán ya.

—¿Sin botín? ¿Sin gloria? ¿Sin provecho?

—Sin más botín que el goce del momento emocional de la convulsión y el de su generosidad de darle al hombre un poco más de libertad.

—¡Libertad! ¡Esa es una palabra hueca si no conlleva compensaciones materiales!

—Eso es lo que decimos los biófilos-libertarios; quien no lo puede decir son los anarquistas, porque ya hemos convenido en que no tienen presente.

—Pero dime: ¿después de esta revolución, la conquista del pan, que es lo que nos interesa, pasará por los mismos procesos dolorosos que antes de ella?

—Sabía que habíamos de llegar aquí, porque tú, amigo, por mucho que te lo creas, no eres un anarquista puro. Trataré de contestar a tu pregunta con otra: ¿qué quieres para el hombre?

—Su felicidad.

—En ese caso, si el nuevo orden revolucionario tiende al marxismo, a la colectivización del esfuerzo, el hombre será mucho menos libre que antes y la conquista del pan muchísimo más dolorosa.

—Pero eso sería monstruoso. ¿Cómo es posible que el marxismo esclavice más al hombre que el capitalismo?

—Es posible, porque el régimen comunista no es la dictadura del proletariado sobre su producto, si no la fiscalización estatal del esfuerzo del productor y, por lo tanto, una dictadura sobre éste. El capitalismo ha vivaqueado casi siete siglos, pues nació con los esplendores libertarios del Renacimiento; un régimen comunista absoluto, no lo soportaría el obrero ni medio siglo. El dolor proletario en la organización capitalista, parte de que un diez por ciento de vagos, vive a expensas del resto del mundo productor. Pues bien, amigo, el marxismo multiplica esos vagos de una manera desconsoladora.

—¡Eso no es verdad! ¡Eso no puede ser verdad!

—Lo es, hijo mío y, precisamente por ser verdad, te parece amarga. Intentaré demos-

trártelo. Esparce la mirada por esta llanura, observa este mundo de hormigas que se mueve afanoso a nuestros pies, y dime: ¿cómo colectivizarías eso? ¿Qué harías para que su esfuerzo resultara menos doloroso?

—Dando a estos hombres elementos de trabajo más eficientes que los que usa, para que produjera más y mejor, con menos dolor.

—Más, teóricamente, quizá sí; mejor no. Ningún mecanismo ha superado en bondad al arte de trabajar. Aunque no es cierto, acepte mos que, trabajando en común, el hombre producirá más. ¿Cómo te las compondrás para que el hombre, al "comunizarse", al libertarse de la codicia, del estímulo de posesión o como quieras llamarlo, cumpla con su deber colectivo y produzca ese "más" de que me hablas?

—Exigiéndoselo.

—¿Cómo? No olvides que eres á-crata, que eres an-arquista.

—Nombrando responsables.

—¿Por qué y para qué? Insisto en que no debes olvidar tus ideologías.

—Sí... Claro...

—No es claro, amigo, si no turbio y muy turbio. Esos responsables, que no son más que el primer peldaño de la infinita escalera de vagos del colectivismo, ya han acabado con tus alientos libertarios. Continuaré yo subiendo esa escalera, ya que a ti te asfixia el asma. El colectivismo, el comunismo, el trabajo controlado por el Estado, supone, en teoría, que todo es de todos. Pero la realidad es otra: lejos de ser todo de todos, nada es de nadie. No es extraño que tú, tan joven, tan apasionado, te hayas quedado en el primer peldaño de la escalera coactiva comunista. Kropotkine tampoco pudo con ella y la soslayó. Recuerda sus palabras: "Nosotros, los anarquistas, no le quitaremos nunca al artesano sus elementos de trabajo, sus pequeños talleres, ni al campesino su trozo de tierra." Esto lo dice Kropotkine en ocho líneas, después de afirmar y demostrar en tres o cuatrocientas páginas, que el único camino para llegar a la anhelada igualdad es el comunismo. Tú mismo, amigo mío, has repetido mil veces que la tierra ha de ser para el que la trabaja.

—Porque es lo justo.

—Lo es, efectivamente; pero también es la visión antípoda del comunismo y éste, a su vez, el polo opuesto del anarquismo, que quiere hacer del hombre un Dios individual. Dices tú que, para que el obrero organizado en comunidad produjera lo debido, se nombrarían delegados responsables. Esos delegados, naturalmente, ordenarían el trabajo o, lo que es lo mismo: mandarían sobre los núcleos proletarios que les fueran confiados.

—No, no, eso no...

—Sí, amigo, mandarían, porque sin mando no hay ordenación posible.

—En nuestro mundo, aquel que no produjera, no comería.

—Divagas, teorizas. En tu mundo y en todos los mundos, el que manda es porque se guarda la llave de la despensa.

—¡Eres impiadoso en tus ataques!

—Razonar no es atacar. Prosigo: para que tus delegados responsables cumplieran su cometido de hacer producir a los núcleos colectivos, precisaría que sus órdenes las respaldara algo. ¿Qué sería este algo, amigo mío?

—No lo sé... no quiero saberlo. Me niego a seguir por este camino.

—No te he dicho que lo sigas, pero te ruego que me escuches. Ese algo que tanto te asusta, efectivamente, sería el látigo, los fusiles, la coacción, la despensa, la "nueva ley" restallando directamente sobre los lomos del proletariado.

—¡No admito eso!

—Es el comunismo. Continuemos subiendo peldaño a peldaño la escalera. Ya tenemos tus delegados apoyados por otros delegados que disponen de fusiles. Pero ahora surge un problema: ¿quién controla, quién modera a esos hombres que disponen de unos fusiles que tú les has dado para defender el bien común y que ellos pueden utilizar para fines menos recomendables?

—¡Basta! ¡Basta! ¡No me tortures más!

—Sí, amigo mío, basta. Esos tres peldaños iniciales no podemos subirlos ya ni tú ni yo, sin caer en un pesimsmo que se convertiría en la sepultura de nuestros ideales. Yo no soy comunista. Yo no seré nunca colectivista.

—¿Qué hacer, pues?

—Lo natural, lo lógico: anarquizar el poder, destruir toda idea de colectivismo. Dárselo todo al hombre y decirle: eres libre, pero eres también responsables de ti mismo. Ahí tienes una parcela de tierra, o una máquina o un elemento para tu trabajo. Administra la tierra como quieras, mueve la máquina como mejor te parezca, pero al cabo de la añada tu sobrante de producción no puede ser inferior a tal cifra.

—¿Con asalariados?

—Lo mismo da, si el asalariado es feliz.

—Surge de nuevo la explotación del hombre por el hombre.

—¡No es cierto! La explotación del hombre por el hombre, mejor dicho, la dictadura sobre el proletariado, está en el colectivismo, nunca en la individualización del esfuerzo. Liberta y responsabiliza el productor, enfréntate con el producto, dómalo, para que no se envilezca ni se endiose, nivela el salario con el coste de la vida y aniquila el vago: ese es el camino. Simplifica la administración comunal. Deja abiertas a todos los vientos las puertas de la iniciativa privada y así lograrás que la conquista del pan pierda el aspecto de tortura que en lo que va de mundo no han sabido quitarle los hombres empeñados en ordenar, en legislar y en controlar el sudor ageno, para ahorrarse, la mayoría de las veces, de aportar a la sociedad el sudor propio. Menos ordenadores, menos genios colectivistas y más trabajadores individuales: eso es lo que le está faltando al proletariado universal para convertir en una misión agradable y justa lo que ahora es una lucha feroz, despiadada y desesperante: la conquista del pan de todos, por todos y para todos.

EPICURO,
el joven.



IMPRENTA LAYETANA.—Bou de San Pedro, 9.—Barcelona.

Estampas de la Revolución

Número 1

Barcelona con el puño en alto

Número 2

Los Aguiluchos en Aragón

DE A. MARTINEZ RIZO

Con el presente número se pone a la venta el

Número 3

La Iglesia en armas

DE ALFONSO M. CARRASCO

Ambas profusamente ilustradas.

El número 1 de ESTAMPAS DE LA REVOLUCION, está totalmente agotado y no podemos servir pedidos. Pedid reserva de ejemplares de los números en prensa.

IMPRENTA LAYETANA.—Bou de San Pedro, 9.—Barcelona